

# Izquierda

¡POR LA REVOLUCION NACIONAL DE AMERICA LATINA!

## REVOLUCION y Contrarrevolución en la Argentina

por JORGE ABELARDO RAMOS

### *El Vaticano, Aliado del Imperialismo*

por ALBERTO CONVERTI

### El Social-Imperialista Juan B. Justo y sus Discípulos

por JUAN CARLOS TREJO

### La Crisis Histórica del Radicalismo

por J. E. SPILIMBERGO

### *América Latina es Una Nación*

por ERNESTO B. PACHECO

AGOSTO DE 1955  
Año I — Buenos Aires

1

Redacción y Administración:  
A U S T R I A 2 1 5 6

# Escuela de Estudios Políticos y Sociales

Conferencias con Debates, en Austria 2156

Sábado 27 de agosto a las 18 horas:

IMPERIALISMO Y PROLETARIADO EN LA REVOLUCION ARGENTINA.

Hablará: JORGE ABELARDO RAMOS.

Sábado 3 de setiembre a las 18 horas:

YRIGOYEN CONTRA ALEM: LA LUCHA POR LA FORMACION DEL RADICALISMO REVOLUCIONARIO. Hablará: J. ENEA SPILIMBERGO.

Sábado 10 de setiembre a las 18 horas:

LA POLITICA IMPERIALISTA YANQUI EN AMERICA LATINA.

Hablará: HUGO KIERNAN.

Sábado 17 de setiembre a las 18 horas:

EL "MITRISMO" COMO IDEOLOGIA DE LA CONTRARREVOLUCION OLIGARQUICA. Hablará: ALBERTO CONVERTI.

Sábado 24 de setiembre a las 18 horas:

LOS SINDICATOS OBREROS EN LA EPOCA DEL IMPERIALISMO.

Hablará: ANGEL PERELMAN.

## Comunicado Sobre la Expulsión de Tres Provocadores

La Secretaría General del Centro "Manuel Ugarte" nos solicita la inserción del siguiente comunicado:

La Asamblea Extraordinaria del Centro "Manuel Ugarte", visto el informe presentado por la Comisión Investigadora designada el 2 de julio del corriente año e integrada por los compañeros Hugo Kiernan, Fernando Carpio y Jorge E. Spilimbergo con el objeto de esclarecer el origen de varios documentos difamatorios dirigidos contra el compañero Jorge Abelardo Ramos y difundidos profusamente en los medios de izquierda y núcleos hostiles a nuestro pensamiento político y

### CONSIDERANDO:

Que se ha probado que dichos documentos han sido escritos, financiados y difundidos por Carlos Esteban Etkin, Enrique Rivera y Hugo L. Sylvester, afiliados a este Centro;

Que constituyen una provocación política destinada a descalificar al compañero Ramos en cuanto representante más caracterizado de nuestra tendencia y liquidar así toda posibilidad política militante de carácter independiente en la izquierda de la revolución popular;

Que las acusaciones de Etkin, Rivera y Sylvester de estar "vendido al peronismo" no son nuevas; al nutrirse de esta supuesta infamia —por otra parte denominación política de la que se enorgullece la mayoría aplastante del proletariado argentino— en el arsenal cipayo e imperialista, no hacen sino colocarse objetivamente en el bando del antiperonismo oligárquico, que rechaza con santo horror un marxismo con raíces nacionales que intervenga activamente en el proceso revolucionario, apoyando independientemente al movimiento nacional, del cual somos la expresión consciente del proletariado;

Que las circunstancias que dichos libelos hayan circulado el 16 de junio, simultáneamente con la sangrienta

intentona imperialista, les confiere un carácter profundamente significativo;

Que tras esta conducta hay una permanente divergencia política que adquirió caracteres de sabotaje durante nuestros denodados esfuerzos por lograr que el Partido Socialista de la Revolución Nacional asumiera actitudes categóricas en el conflicto entre el pueblo argentino y la Iglesia romana y se convirtiera en un verdadero partido obrero de combate;

Que al publicar sus calumniosos documentos, Etkin, Rivera y Sylvester rompen con la izquierda revolucionaria y ponen en manos de cipayos y stalinistas un arma ponzoñosa que éstos intentarán utilizar contra nuestro poderoso movimiento de ideas forjado a lo largo de veinte años de lucha;

Que la actual campaña es la culminación de una serie de intrigas de tipo clandestino, producto de la desmoralización y escepticismo a que los había reducido un largo período de reacción;

Que la circunstancia de que Etkin, Rivera y Sylvester se hayan lanzado a esta tarea de abierto "liquidacionismo" y de provocadores de escándalo revela que se han hecho intérpretes de la reacción en nuestras filas y que han renunciado definitivamente al gran objetivo de construir un partido obrero independiente,

### LA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA RESUELVE:

1º Expulsar a Carlos Esteban Etkin, Enrique Rivera y Hugo L. Sylvester de sus filas por indignidad militante, provocación política y traiciones reiteradas;

2º Informar de la precedente resolución a las organizaciones obreras, militantes revolucionarios, amigos y compañeros.

JORGE E. SPILIMBERGO  
Secretario General del Centro  
"Manuel Ugarte"

# Izquierda

POR LA REVOLUCION NACIONAL DE AMERICA LATINA!

## Revolución y Contrarrevolución en la Argentina

por Jorge Abelardo Ramos

### LAS VISPERAS HISTORICAS DEL 17 DE OCTUBRE

La revolución popular argentina encuentra su primera expresión moderna el 17 de octubre de 1945. Pero los sucesos posteriores de esta revolución resultarían inexplicables si abstraemos el proceso social de nuestro país en los quince años que la preceden. Ese período iniciado con la revolución de setiembre de 1930 y simbolizado con la muerte de Yrigoyen, ha sido llamado la "década infame". ¡Un nombre bien puesto!

La crisis mundial del año 30, las intrigas de los monopolios petroleros y una bien orquestada campaña de la prensa cipaya de Buenos Aires barrieron al radicalismo del poder. El viejo Yrigoyen ya se sobrevivía; su gobierno había agotado todas sus posibilidades internas; en realidad, su segunda presidencia no hizo sino retratar su completa impotencia para hacer frente a las necesidades imperiosas de una política genuinamente nacional. El radicalismo había cumplido su ciclo. Yrigoyen representó de manera confusa, embrionaria pero inequívoca, las exigencias de una burguesía nacional argentina en formación; con el apoyo activo de la clase media urbana y rural, de los artesanos, peones, jornaleros agrícolas y pequeños industriales —y también de muchos estancieros provincianos— el caudillo radical realizó una política defensiva, destinada a preservar al país de la extorsión imperialista.

La clase obrera argentina era débil y gran parte de ella, sobre todo en la cosmopolita ciudad de Buenos Aires, seguía las inspiraciones del Partido Socialista, cuya orientación europeizante lo conducía a aislarse de las grandes masas trabajadoras no proletarias del interior. Este partido primero, y el Partido Comunista más tarde, disociaron la lucha de los obreros porteños del destino del país en su conjunto. Cumplían así un papel objetivamente reaccionario dejando en manos de Yrigoyen la bandera de la soberanía nacional y desconectando la batalla proletaria de sus naturales aliados de la pequeña burguesía urbana y rural, expoliadas por el imperialismo y la oligarquía. Al carecer los partidos obreros de una política nacional (esto se repetiría en 1945) abandonaron a Yrigoyen el control de las masas populares para las cuales las consignas puramente "socialistas" carecían de significado concreto.

La revolución de setiembre de 1930, después de un agitado proceso en el que intervinieron los antagonis-

mos anglo-yanqui, perdió el carácter nacionalista-militar que habían pretendido imbuirle sus inspiradores (Uriburu y los nacionalistas del periódico "La Nueva República"), cayendo en manos del viejo equipo conservador oligárquico, ligado al imperialismo inglés y cuya personificación fué Sánchez Sorondo. Así fué como, por medio de elecciones fraudulentas, llegó al gobierno el general Agustín P. Justo, antiguo ministro antiperonista de Alvear y niño mimado de la oligarquía. Con él se inicia la década infame: el "alvearismo" oligárquico copa el partido radical, los socialistas de Repetto, en alianza con los stalinistas, controlan el movimiento obrero, la oligarquía ganadera goza en paz de su indiscriminado dominio.

Eran los años del Convenio Roca-Ruciman, de la entrega de los transportes porteños al capital británico, de las más escandalosas concesiones al imperialismo, de los negociados astronómicos. También era la época en que el stalinismo, agente de la política exterior de la burocracia Soviética, practicaba la política de los Frentes Populares. De esta manera ataba el destino de nuestras masas trabajadoras a las necesidades momentáneas del Kremlin, que buscaba por ese medio ganar la buena voluntad anglo-francesa, ante la amenaza de Hitler. La misma palabra "imperialismo" fué excluida del vocabulario político; esa fué la cláusula decisiva en la alianza de hecho pactada por los stalinistas, los socialistas, los radicales cipayos y los demócratas encabezados por Lisandro de la Torre, (ídolo de los pequeños ganaderos del Litoral y de los chacareros de la "pampa gringa").

Mientras esto ocurría, los sectores más combativos de la vanguardia obrera se veían obligados a difundir sus ideas por medio de pequeños periódicos de escasa circulación. En sus páginas se atacaba el Frente Popular, la traición a la Revolución Española consumada por el stalinismo y los socialistas ("primero ganar la guerra y luego hacer la revolución"), los preparativos de la segunda guerra imperialista, la entrega del país al capital extranjero y las monstruosas infamias de los Procesos de Moscú. El gobernador Fresco se ufanaba en la provincia de Buenos Aires de su amistad con Mussolini, de la instauración del "voto cantado" y de la liquidación física de los organizadores sindicales. Empleado de los ferrocarriles ingleses, hombre de los ganaderos bonaerenses y admirador de los bandidos fascistas, Fresco simbolizó la abyección de esa época.

Los que habrían de organizar la Unión Democrática, del brazo con el imperialismo, eran los que fundaban

En 1933 la Sección Especial e inventaban la pizca eléctrica, eran los que deportaban obreros bajo Justo y Ortiz, los que violaban el comicio y vendían científicamente el país. Pese a sus divergencias puramente formales y parlamentarias, la década infame testimonio que la base de acuerdo entre la oligarquía en el poder y los socialistas, radicales y stalinistas en la oposición, era la capitulación común ante los dictados del imperio. Después de 1945 los volveríamos a ver, todos juntos al fin, en el innumerable pelotón de la "oposición antiperonista" y antiobrera.

## EL DESARROLLO INDUSTRIAL Y LA NUEVA CLASE OBRERA

La crisis mundial del imperialismo —en 1914, 1929 y 1939— proporcionaría un poderoso impulso a la industrialización de los países atrasados. Al quebrarse la corriente tradicional de los productos manufacturados por el imperialismo y también al restringirse las importaciones por la escasez de divisas, la industria argentina experimentó un desarrollo importante. La clase obrera nacional acogió en sus filas a centenares de miles de trabajadores provincianos, sobre todo de las llamadas "provincias pobres", sumidas en la parálisis económica desde hacía décadas. Al incorporarse a la civilización industrial, los trabajadores provincianos modificaron profundamente la composición nacional y política del proletariado de Buenos Aires y sus alrededores. Eran los "cabezas negras", que sin ningún vínculo con los partidos obreros traidores ni con las viejas organizaciones sindicales influidas por el imperialismo "democrático", venían a crear un nuevo punto de partida para el destino político argentino.

La oligarquía ganadera ya no estaba en condiciones de seguir gobernando un país en proceso de industrialización; el dispositivo social exigía un cambio profundo, una nueva política económica, la protección a la industria, la creación de una flota mercante, la ampliación del mercado interno y la remodelación de nuestras relaciones con el imperialismo. Esto se hizo más evidente a partir del estallido de la segunda guerra mundial. Ortiz representó en ese momento la tendencia "democrática" y Castillo, el vicepresidente, la orientación "reaccionaria". ¿Qué significación real revestían estas figuras? En verdad, el Presidente Ortiz, abogado de los ferrocarriles ingleses y proclamado candidato presidencial en un banquete de la Cámara de Comercio Británica, daba expresión a la corriente oligárquica, tendiente a incorporar nuestro país a la guerra imperialista. Su promesa de "democratizar" el país y de amparar elecciones libres estaba impuesta por el imperialismo: las elecciones libres habrían llevado al poder al radicalismo de Alvear, que bajo la máscara yrigoyenista obedecía a los intereses antinacionales. Con el manto de un gobierno radical "popular", habría sido mucho más fácil declarar la guerra al Eje y enviar a la nueva generación argentina a morir en los campos de Francia.

Pero la clase obrera ya se resistía a esa política. Algunos débiles sectores de la burguesía nacional en formación y de la pequeña burguesía, que carecían de órganos propios, se oponían sordamente a esa orientación. Salvo el efímero diario "Reconquista" —ahogado rápidamente por el imperialismo—, la burguesía nacional no supo, no pudo o no se atrevió a defender su propia consigna de "neutralidad".

En el campo de la pequeña burguesía anti-imperialista, sólo los forjistas (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) difundían desde un sótano de la calle Lavalle la divisa: "Los argentinos queremos morir aquí".

En la arena del movimiento obrero, marxista y revolucionario, sólo los que hoy editan la revista IZQUIER-

DA proclamaron su voluntad irrenunciable de combatir la intervención argentina en la guerra imperialista. Con tales consignas salieron, en esos tiempos difíciles, donde la infamia entreguista tenía plenipotencia, los periódicos "La Internacional", la "Nueva Internacional", "Inicial" y "Frente Obrero". Todas esas voces fueron ahogadas por la maquinaria stalinista, cipaya y socialista, que aclamó a Ortiz como al "Presidente democrático". Castillo, que ejerció la presidencia luego, por enfermedad de Ortiz, encabezó la tendencia "neutralista", haciéndose intérprete así de los intereses de la burguesía nacional en su conjunto, del pensamiento del ejército y en particular de la industria. Pero las fuerzas imperialistas en el partido conservador quisieron imponerle un candidato "rupturista". Castillo fue incapaz de enfrentar esta presión. Fue entonces que la juventud militar, que no deseaba mezclar al país en la aventura bélica, salió a la calle el 4 de junio de 1943.

## LA REVOLUCION DE PALACIO

Era un simple motín militar. Pero reflejaba profundas tendencias subterráneas de la economía y de la política. El grupo militar dirigente vivió desgarrándose en luchas intestinas. Su ideología era una aleación de prusianismo, nacionalismo castrense, profascismo y clericalismo. Trataron de hacer una revolución nacional "desde arriba". Protegieron la industria, reordenaron la política económica, practicaron algunas nacionalizaciones. Al mismo tiempo, disolvieron por decreto los partidos políticos sin excepción, clausuraron sindicatos obreros, reprimieron todo género de manifestación política independiente.

El dominio de Hitler sobre Europa parecía inatacable y en modo alguno quimérica su ambicionada conquista del mundo. Los militares estaban impresionados por los éxitos estratégicos del nazismo; se preparaban para recomodar al país si ese triunfo se consolidara y se establecía un nuevo orden mundial. Así fue como el nacionalismo fascista alcanzó en el gobierno militar un gran predicamento. Pero por su propia naturaleza, la política económica defensiva del gobierno militar y su nacionalismo manifiesto suscitó inmediatamente la desconfianza del imperialismo, en particular del imperialismo yanqui. Estados Unidos ya se había convertido en el dirigente virtual del bloque aliado. Su vieja política de embolsarse la herencia colonial británica, en América Latina como en todas partes, se veía constreñida por la inesperada aparición de un gobierno militar nacionalista en el Sur. A partir de ese momento lanzó una concentrada ofensiva contra el gobierno militar. En ella participaron todos los partidos oligárquicos y las organizaciones socialistas y stalinistas: se condenaba al gobierno como "fascista" en nombre de la "democracia".

Fue evidente que el gobierno no podía resistir con sus solas fuerzas la presión imperialista. La clase obrera se mostraba pasiva y reticente, sin sindicatos, ni orientación alguna. Los llamados socialistas y stalinistas, para movilizarlas contra el gobierno militar, tampoco encontraban ningún eco, pues el proletariado intuía que se quería utilizarlo en contra de sus verdaderos intereses. Del grupo militar dirigente se destacó entonces el Coronel Perón, único político del equipo, que al organizar la Secretaría de Trabajo y Previsión, canalizó la movilización obrera, iniciada en defensa de sus condiciones de vida, y facilitó su organización en nuevos y poderosos sindicatos. La realización de esta política, dirigida a encontrar un apoyo interior en la defensa de la soberanía política y económica del país, preparó la transformación del motín militar en revolución de masas.

## LAS HUELGAS DEL 17 Y 18 DE OCTUBRE

La intensidad de la ofensiva imperialista llegó a su fase suprema el 8 de octubre de 1945. Detenido Perón, la clase obrera, hasta ese momento una incógnita en la política nacional, salió el 17 de octubre en un aluvión incontenible, barriendo de las calles como una marea la conspiración de la oligarquía. El embajador Braden y los partidos de la Unión Democrática fueron derrotados de una manera aplastante. La revolución popular estaba allí. Pero su lucha recién comenzaba. Perón es llevado al gobierno en las elecciones del 24 de febrero de 1946. La Unión Cívica Radical (Junta Reorganizadora), el Partido Laborista y los sindicatos obreros se presentaban unidos a la contienda electoral. La tentativa de gobernar con estos partidos, fracasó, ya sea por la penetración del imperialismo en su seno, por el escaso contingente que implicaban o por la propia lógica de la centralización del poder que distingue a los regímenes bonapartistas. Dichos partidos desaparecieron rápidamente, siendo substituidos primero por el Partido Único de la Revolución y luego por el Partido Peronista. Perón no había logrado interesar en su movimiento a ninguna de las viejas formaciones "democráticas" u "obreras", por lo cual se vio obligado a gobernar virtualmente sin partido. El Partido Peronista no fue nunca más que un nombre, pues el capital electoral lo constituían las masas trabajadoras que apoyaban a Perón directamente, sin pasar por dicha agrupación, esencialmente burocrática, de corte burgués, incolora, inodora y arribista por definición y por naturaleza.

En la medida en que el Partido Peronista es un frente único que aspira teóricamente a reunir en un solo movimiento a los obreros, profesionales, industriales, sectores de la clase media del interior, jornaleros agrícolas, etc., no está en condiciones de formular un programa coherente. En esa razón radica su insuficiencia ideológica, principal fisura que aprovechan los enemigos de la revolución para rechazar "el peronismo" (que no es el Partido Peronista) como un todo, negando al mismo tiempo la revolución que rugió debajo de él. Tampoco la C. G. T. puede ofrecer un programa político serio, por su carácter de central sindical. La negativa del radicalismo tradicional a integrarse en el movimiento popular de Octubre quitó al peronismo la posibilidad de efectuar una conexión natural con la tradición yrigoyenista, trasladándola a un plano más alto y maduro.

Del mismo modo, la traición de los socialistas y stalinistas a los intereses obreros y nacionales desvinculó al peronismo de toda posibilidad de integrar una ideología y un equipo dirigente nutrido en las ideas propias de la clase obrera. Perón debió sacar de la nada su partido, del mismo modo que su programa. El imperialismo, por su parte, supo aprovechar esta debilidad del peronismo, utilizando las formas ideológicas tradicionales de la "democracia" burguesa y del "socialismo" puro, pero imbuyéndolas de un contenido reaccionario, es decir, dirigiendo esas ideas contra el peronismo, al que atacan no por sus errores sino por su significación progresiva. La circunstancia de ser por su contenido histórico (tareas democráticas, modernización de los modos de producción, desarrollo del capitalismo, etc.) un movimiento de carácter burgués, que la burguesía industrial no apoya, y el proletariado, plantea al peronismo una contradicción viva y permanente. Ello hace posible la aparición del régimen bonapartista.

## LA NATURALEZA DEL BONAPARTISMO

¿Qué es el bonapartismo en un país semi-colonial? Es el poder personal que se ejerce "por encima" de las clases en pugna, haciendo el papel de "árbitro" entre

ellas. En realidad, el contenido social del régimen bonapartista se desprende de la situación concreta del país. Durante la década infame, el General Justo encarnó un bonapartismo que defendía ante todo el sistema agropecuario de la vida argentina. Fue, si así puede decirse, un bonapartismo de los ganaderos, que suprimía mecánicamente (por medio de la dictadura) las contradicciones entre los intereses nacionales de la industria y los intereses agropecuarios, en beneficio de estos últimos. Contaba con la hostilidad de la clase obrera y con el beneplácito del imperialismo. Bajo el régimen peronista, el bonapartismo se orienta hacia la industrialización del país y cuenta con el activo y fundamental apoyo del proletariado. Situación paradójica: el propio industrial burgués que recibe substanciales beneficios de este sistema, es profundamente adverso al régimen que lo enriquece. El bonapartismo se apoya en la burocracia civil y militar y, en general, en la maquinaria del Estado.

Como en América Latina el Estado es el único elemento "nacional" con cierta fuerza, frente a la potente presencia imperialista extranjera, suelen provenir del Ejército los políticos burgueses que de una u otra forma resisten al imperialismo (Cárdenas, Perón). Tienden a fortalecer el Estado, precisamente porque la burguesía carece de la fuerza y de la conciencia nacional necesarias para ejercer directamente su dominación. Los partidos políticos generalmente están bajo la influencia imperialista; el proletariado, a su vez, es el sector más poderoso del país, tanto por su concentración y conciencia política, como por el hecho de que gran parte de la industria pertenece al capital extranjero o está en manos de industriales nativos influidos por la ideología imperialista. Así es como la clase obrera en América Latina y en Argentina desempeña un importante papel y constituye, en los hechos, la base política en que se apoya el actual jefe bonapartista de la revolución "democrático-burguesa". Por supuesto que Perón oscila constantemente del campo de la revolución al campo de la "estabilización"; este movimiento pendular es una peculiaridad del bonapartismo y se explica fácilmente por la presión que sobre su gobierno ejercen las fuerzas sociales en lucha. Pretender que en un régimen bonapartista su jefe mantenga una política lineal y continua es ignorar de qué manera está sometido al fuego cruzado de las clases sociales y del imperialismo.

La hostilidad de la burguesía industrial al peronismo se funda, como ya lo hemos indicado, en que sus componentes son extranjeros o carecen de una conciencia nacional madura; en algunos casos el industrial argentino está ligado a la industria pesada imperialista, o preferiría sus productos, mejores y más baratos. Tal es el caso de muchos sectores de la industria liviana. En otros, son simples filiales de empresas extranjeras que han saltado el cerco aduanero y que rebusan aceptar la política obrera del peronismo. Esta última, por supuesto, motiva la resistencia general de la burguesía industrial contra el régimen de Perón.

El industrial desearía (¡oh iluso!), un peronismo sin Perón, sin C. G. T., sin "demagogia", sin delegados de fábrica, sin devaneos anti-imperialistas. ¡Como si hubiera sido posible enfrentar a la industria imperialista sin esas fuerzas! Solamente porque Perón movilizó a la clase obrera pudo contar con los recursos necesarios para luchar con los grandes imperios de la tierra.

Aunque la clase trabajadora es el respaldo sustancial de su política, no es menos cierto que su principal debilidad radica en la ausencia de una ideología capaz de incorporar a la juventud y a la pequeña burguesía a su movimiento, de "democratizarlo" por la vía ideológica. Este hecho ha pesado hasta hoy como una fatalidad sobre el peronismo. Es justamente dicha crisis ideológica, cuyas raíces históricas hemos explicado anteriormente y cuya responsabilidad recae sobre los viejos partidos "populares" y "obreros", la que ha permitido

al imperialismo aglutinar tras la desgarrada bandera "democrática" a los estudiantes y jóvenes de Buenos Aires que constituyen la vanguardia de la oposición cipaya.

Es esta crisis la que ha permitido al infame "socialismo" repetitivo y al no menos infame stalinismo de Codovilla sobrevivirse penosamente después de sus colosales traiciones de 1945. Pero las conquistas substanciales logradas por una década de revolución popular exigen imperiosamente su contrafigura ideológica. Todos los partidos tradicionales del movimiento obrero han muerto históricamente. Ni el Partido Socialista, ni el Partido Comunista están en condiciones de encabezar la tarea urgente del rearme ideológico de la clase obrera. El Partido de Repetto es un agente directo del imperialismo extranjero. El Partido de Codovilla es un agente no menos directo de la burocracia soviética. Nada tienen que ver con el proceso viviente de nuestras luchas.

No hay en este momento un solo partido capaz de asumir la gran tarea de la "revolución ideológica" para preparar los cuadros dirigentes del proletariado argentino. Es preciso crearlo con la ideología del marxismo revolucionario, más viva y aguda que nunca y que ha demostrado su derecho a la existencia en la explicación y previsión del proceso revolucionario desde hace diez años. Testimonio de ello, creemos, es la revista IZQUIERDA, continuadora de aquellas luchas y publicaciones de preguerra a que hemos aludido anteriormente.

#### LA IGLESIA Y EL IMPERIALISMO

Estados Unidos es el baluarte de la contrarrevolución mundial. En sus preparativos para aplastar a China, a la Unión Soviética y a las revoluciones populares de Oriente y América Latina, Wall Street ha encontrado un poderoso aliado en la Santa Sede. Defensor del feudalismo contra la burguesía naciente, aliado de los Imperios opresores y balcanizadores contra la unificación nacional alemana e italiana, enemigo mortal de la clásica Revolución Francesa y del pensamiento moderno, el Papado romano debía estar y está, en efecto, contra las revoluciones democráticas y anti-imperialistas que se desarrollan impetuosamente en todo el mundo.

Así es como en la Argentina se ha enfrentado a las medidas progresivas de Perón, tendientes a emancipar a la mujer, al niño y a los jóvenes de una legislación bárbara. Pero el significado esencial de la lucha clerical contra el pueblo argentino reside en que la Iglesia es el elemento coagulante empleado por el imperialismo para derribar a Perón. No lo han podido voltear como fascista, ni como comunista, ni como "clerical"; ¡ahora quieren derribarlo como hereje! Es el imperialismo el que usa estas máscaras sucesivas para aniquilar no sólo a un hombre, sino, ante todo, a las conquistas fundamentales realizadas por la clase obrera argentina en el curso de la revolución democrática. El motín sangriento del 16 de junio se inserta en esta serie causal, que demuestra hasta el crimen el designio imperialista de concluir de una vez por todas con el "peronismo", esto es, con la revolución.

El conflicto con la Iglesia, mostró, entre otras cosas, la actitud de los partidos tradicionales, que se nuclearon detrás del hisopo y el dólar, pero por sobre todo, señaló a fuego una nueva traición de los socialistas y los stalinistas. Los discípulos de Repetto, masones, ateos y laicos profesionales, que hicieron del anticlericalismo un caballito de batalla de diez años, descubrieron de pronto que la Iglesia "estaba perseguida" y que era mucho mejor dejar a Perón quemarse en el intento. ¡La eterna cobardía socialdemócrata! Era un cálculo grato al imperialismo. Creían que esta lucha podía conducir a su caída, suprema ambición que hasta ahora no han satisfecho. Así es como vimos el grotesco espectáculo del Partido Comunista tendiendo su mano a los már-

tires del Episcopado, invitándolos a una lucha común "contra el régimen "nazi-fascista" argentino".

#### ¡Y AHORA EL PETROLEO!

El espectro de Vargas frecuenta los planes del imperialismo. La solución Villarroel es la mejor solución para Wall Street. Pero en la medida que las circunstancias le impiden practicar el crimen político o que fracasa la asonada criminal, el imperialismo concentra su presión sobre los partidos locales y les suministra las fórmulas cotidianas para jaquear a la revolución popular. Ahora se han plegado todos a una ofensiva redoblada para "defender el petróleo". ¡Nada menos que los stalinistas y los radicales se han convertido en los campeones de la soberanía!

Si el gobierno, para conseguir el petróleo requerido por la industria argentina, ofrece concesiones al capital extranjero yanqui, ese es un asunto que es preciso examinar concretamente. Para medir su significación se hace necesario partir de la caracterización general del actual régimen argentino. Si estas concesiones fuesen otorgadas por un gobierno de la oligarquía, nada podría impedir el acrecentamiento de la influencia imperialista en el país. Todo radica en saber quién controla el poder político en los presentes momentos. También Lenin ofreció importantes concesiones a los capitalistas extranjeros, para poner en marcha la agotada y desorganizada industria rusa. Esas concesiones constituirían, como la NEP, un paso atrás. A nadie se le ocurrió acusar a Lenin de "entregar" la revolución. De ahí que el mismo tema del petróleo deba ser sometido no a un examen técnico de la ley (han surgido muchos peritos en estos días) sino a dos preguntas esenciales: ¿Quiénes están en el gobierno? ¿Quiénes son los que hoy "defienden el petróleo argentino"? Esto sería bastante para los revolucionarios independientes. Que los stalinistas, hundidos en el pantano de mil históricas traiciones a los obreros y al país, salgan ahora a preguntar su angustia por la "pérdida" de nuestro petróleo, es una demostración indirecta de la falacia de todo el asunto. Acuden a los buenos oficios de Silenzi de Stagni, ex ministro del fascista Baldrich en Tucumán, durante el gobierno militar, que ahora se ha hecho stalinista.

Liceaga y Frondizi parecen más preocupados en el petróleo que en romper con los agentes del imperialismo que pululan en su mismo partido y que los atan al carro de la reacción. Antes de hablar del petróleo, sería preciso que Liceaga y Frondizzi rompan con Santander, Laurencena y Sabattini, que abjuren de la Unión Democrática y que declaren qué piensan de la ley de divorcio y de la separación de la Iglesia y el Estado. ¡Son temas de interés más candente! ¿Será que los cipayos se han vuelto anti-imperialistas y los anti-imperialistas, cipayos? ¿Será que los que actuaron junto al embajador Braden defenderán mejor los intereses nacionales que las que lucharon contra Braden en la calle y en el comicio? No, no hablemos del petróleo, hablemos mejor del conjunto de la situación, del destino de esta revolución y de la necesidad imperiosa de "democratizarla por la izquierda". De una cuestión subordinada al manejo del poder, como es el petróleo, la oposición "democrática" ha hecho toda la cuestión. Una simple cortina de humo que no engaña a sus promotores ni a los obreros.

#### ¡DEMOCRATIZAR POR LA IZQUIERDA!

Diez años han transcurrido desde la revolución de 1945 a la contrarrevolución de 1955. El 16 de junio traza una raya de sangre entre las fuerzas antinacionales y la clase obrera argentina. Las líneas están tendidas y nada podrá confundirlas. Una desdichada expresión

de Frondizi contribuye a iluminar más aún el panorama. Hace un año se aventuró a manifestar que si algunos opositores estaban en contra de Perón, era porque consideraban que en nuestro país se había producido una revolución; los radicales, en cambio, eran antiperonistas porque estimaban que el peronismo era el signo de una contrarrevolución. Marxistas pro-imperialistas, internacionalistas cipayos de todas las escuelas y muchos otros revolucionarios conservadores coinciden en esa apreciación. Así se establece una división del trabajo entre las fuerzas que directa o indirectamente sirven al imperialismo en la Argentina. Sea por la "izquierda" o sea por la derecha, por "revolucionario" o "contrarrevolucionario", es preciso aniquilar al régimen apoyado por las masas.

La política de pacificación no ha servido sino para dar expresión a la guerra abierta. ¡La Unión Democrática está reconstituida! La oposición pro-imperialista se ha lanzado después del 16 de junio a proclamar que "si la revolución está vencida, el gobierno está muerto". Pero el proletariado no ha golpeado todavía la mesa con sus puños. A la campaña por las "libertades democráticas" se ha sumado la Iglesia romana, que no logrará santificar esta empresa, puesto que su más claro designio es concluir con la soberanía del país y con la gravitación política de la clase obrera. La lucha contra el clericalismo no ha sido sino la lucha por reintegrar al país su verdadera fisonomía democrática. Como herencia del período juniano, en que la revolución buscaba cumplir "desde arriba" y con estilo castrense las tareas nacionales, la Iglesia había quedado como una excrecencia cada vez más extraña al espíritu y al sentido del proceso revolucionario. Si dió su carácter ideológico al motín militar, ya no podía reflejar la revolución del

pueblo. Pero la burocracia peronista, improvisada sobre la marcha, en su mayoría sin conciencia nacional y, por el contrario, hostil al gobierno que la emplea, no estaba en condiciones de librar una batalla ideológica con el clericalismo, ni lo está, en general, para entablar ninguna otra. Tanto los partidos burgueses tradicionales como los funcionarios de la administración estatal han sido educados y formados por el "antiguo régimen", esto es, imbuidos de la ideología cipaya-imperialista, que no ha sido suplantada por ninguna otra capaz de integrar en una visión moderna las necesidades nacionales del país. Sólo el marxismo revolucionario puede remontar esta crisis ideológica de la revolución. Nuestra tarea preminente será educar a la nueva generación en el espíritu del socialismo revolucionario, enraizándolo profundamente en las entrañas de nuestro pueblo y de América Latina, la patria grande y la meta de nuestra unificación redentora. Tal es el objetivo que se abre hoy ante nuestros ojos. Sin partido obrero independiente no habrá salida para la revolución popular argentina. Pero no podrá formarse ese partido sin una teoría revolucionaria que eduque los cuadros preliminares, los galvanice y los prepare para desempeñar un papel en la vida nacional.

El imperialismo se prepara para derribar el gran baluarte de la revolución latinoamericana que los obreros argentinos sostienen en el Sur del continente. Es más imperioso que nunca agruparse alrededor de la Revista IZQUIERDA para preparar la construcción de un gran partido independiente de la clase trabajadora. ¡Paso a la juventud! ¡Por la revolución ideológica! La vieja izquierda cipaya ha muerto. ¡Forjemos una nueva, bajo la bandera de la revolución nacional latinoamericana!

## El Vaticano, Aliado del Imperialismo

por Alberto Converti

#### LA POLITICA CLERICAL Y EL IMPERIALISMO

No descubriremos nada nuevo al decir que la Iglesia romana ha sido, a partir de la consolidación del feudalismo europeo, el brazo espiritual de la reacción. En nuestros días continúa jugando ese papel, pero esta vez al servicio del imperialismo yanqui, punta de lanza de la burguesía mundial dirigida contra las revoluciones nacionales del presente. Esta adaptación clerical al odiado protestantismo sajón se explica por el hecho de que Estados Unidos, principal representante del capitalismo en agonía, se ha convertido en el último baluarte de los viejos privilegios y del antiguo orden.

Si se tiene en cuenta que la clerecía romana se formó en el seno de la sociedad feudal, siendo ella misma gran terrateniente, es fácil imaginar con qué furia resistió el surgimiento del capitalismo, que venía a destruir las agotadas formas de producción, y con ellas, el poder temporal de la Iglesia. Reinstalada su influencia en el ámbito de la clase triunfante, pues la burguesía necesitó a su vez auxilios ideológicos de Roma para consolidar su dominación (otorgándole un carácter "eterno" a la propiedad privada), la Iglesia adaptóse a la nueva situación, pero colocándose invariablemente en contra de todo avance social, aceptándolo cuando no había más remedio, y sólo para desfigurarlo y neutralizarlo: no otro significado tuvo la zarandeada encíclica "Rerum Nova-

rum" de León XIII, destinada a limar las aristas del poderoso movimiento obrero socialista que se extendía a fines del siglo XIX.

¿Cómo no evocar la actitud papal ante los movimientos de unificación nacional en Alemania e Italia? Cualquier lector de historia política contemporánea recordará que Bismarck debió realizar por medio de las armas la unidad nacional alemana, exigida por el desarrollo poderoso del capitalismo. Si se prescindiera del modo autoritario y militar con que realizó esa tarea, nadie puede ignorar que ella respondía a las necesidades más perentorias del progreso moderno. Pues bien, el Papado, de secular influencia en el Imperio Austro-húngaro, opresor de pueblos enteros, se opuso tenazmente a la unidad nacional de Alemania, a tal punto que la propia Austria permaneció hasta hoy al margen de la nación constituida por Bismarck. La política vaticana habría de continuarse hasta la Austria del canciller Dollfus, enemigo de Hitler en su condición de austriaco balcanizador, de amigo de Mussolini y de instrumento del Papado romano.

Ya realizada la unidad alemana, Bismarck hubo de enfrentarse con los partidos católicos del centro, que obstaculizaban constantemente su política desde el parlamento. La ruptura con Roma tampoco se hizo esperar y duró cerca de veinte años. En el caso de la unidad de Italia, el clero demostró otra vez su irrenunciable hostilidad a la liberación nacional de los pueblos oprimidos y, en general, al progreso histórico. Sólo por la fuerza de las armas el Vaticano

entregó la capital de la nación italiana, que ocupaba ilegítimamente. Bajo la mano férrea de Cavour y con la ayuda de la expedición de los Mil, encabezada por Garibaldi, pudo consumarse la unidad de Italia y la independencia del yugo austriaco, este último sostenido por la Iglesia.

#### EN LA ARGENTINA: DESDE LA REVOLUCION DE MAYO HASTA ROCA

La actual lucha que libra el pueblo argentino contra la prepotencia imperialista-clerical, será vívidamente iluminada si recordamos que en el siglo pasado la propia Revolución de Mayo fué condenada por Roma; los sacerdotes patriotas fueron excomulgados por la jerarquía eclesiástica. Sólo más tarde y siguiendo su política de adaptación a los hechos históricos irreversibles (flexibilidad que ha constituido uno de los secretos de su sobrevivencia) el Papado admitió la "existencia" de la América rebelde, pero sólo para intentar someterla sistemáticamente a su influencia ideológica conservadora. Si el liberal oligárquico Rivadavia practicó una Reforma eclesiástica imprescindible, tratando de imponer a la Iglesia su acatamiento al poder del Estado, el propio Rosas, cuya utilización de los elementos clericales para su gobierno es bien conocida, no pudo eximirse de entablar una lucha abierta con ellos en cierta etapa: debió expulsar a los jesuitas e imponer, con el asesoramiento jurídico de Vélez Sársfield, el criterio del Patronato, que Roma se resistía a admitir pretendiendo gobernar, sin ninguna clase de control gubernativo argentino, a sus "pastores" y a su grey, desde Italia. El poderoso avance que experimentó el país con la reconquista de su capital histórica, al federalizarse Buenos Aires por la lucha de las provincias interiores bajo la dirección del General Roca, debió presenciar una vez más la concentrada hostilidad de la Iglesia.

La implantación de la ley de enseñanza laica, el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, fueron otras tantas medidas modernas que chocaron con la oposición subversiva de la Iglesia romana. La situación política nacional, agitada por el Papado extranjero, llegó a un punto de tensión tan crítico, que Roca se vio obligado a expulsar al Nunzio papal, monseñor Mattered, del territorio argentino.

Las relaciones diplomáticas con el Vaticano quedaron interrumpidas durante quince años. Pese a su pregonado "liberalismo" europeizante, la oligarquía ganadera y la burguesía comercial porteña simpatizaron con la Iglesia en esa lucha, que tendía a jaquear la política progresista de Roca, representante de las provincias interiores. Esto se vio mucho más claro en la contrarrevolución del 90, virtual alianza entre el clero (José Manuel Estrada) y los personeros más calificados de la aristocracia ganadera, financiera y mercantil. El clericalismo y el mitrismo actuaron juntos en la tarea de derribar a Juárez Celman, expresión desfigurada, pero expresión al fin, del nacionalismo democrático del General Roca. Si la Iglesia pudo restablecer sus prerrogativas y su influencia en el aparato del Estado más tarde, se debió en primer lugar a la extinción del movimiento roquista y al predominio yrigoyenista, que si asimilaba en sus movimientos el carácter nacional del roquismo, le agregaba los aportes inmigratorios recientes, que procedentes de España e Italia —las naciones católicas atrasadas de Europa— influían en el caudillo radical. Por eso Yrigoyen mantuvo frente a la Iglesia una posición vacilante y, en los momentos decisivos, de abierta capitulación. Tal fué el caso de su veto a la ley de divorcio y a la Constitución laica de la provincia de Santa Fe.

Durante la "década infame" el clero ocupó importantes posiciones en la enseñanza secundaria y uni-

versitaria; a través del tristemente célebre clerical-fascista Villada Achával, subsecretario de Instrucción Pública, demostró no sólo su rostro reaccionario y obscurantista, sino también su apoyo concreto al régimen justista de la entrega y de la colonización.

#### EL NACIONALISMO CLERICAL EN LA REVOLUCION DE JUNIO

Los militares nacionalistas dieron el golpe en 1943, pero se encontraron sin una ideología que generalizara sus vagos propósitos de soberanía nacional. Encontraron un sistema de ideas en el equipo del nacionalismo clerical fascizante que constituyó para el gobierno militar una valiosa contribución.

La Iglesia, ligada estrechamente en ese momento al imperio fascista de Mussolini (desde el tratado de Letran en 1928, el Papa bendecía el delirio cesáreo del Duce), apoyó con los intelectuales a su servicio a un gobierno que, por sus efectos, sino por sus propósitos, tendía a enfrentarse con los enemigos del Eje y, en consecuencia, a jugar una política que los fascistas europeos no dejaban de mirar con simpatía. Así fué como los políticos nacionalistas clericales (más clericales que nacionalistas, como se verá luego) orientados por Mario Amadeo, Juan Carlos Goveneche, Alberto Baldrich, Silenzi Di Stagni y otros, infundieron a la acción del gobierno militar una orientación reaccionaria que no correspondía en modo alguno a las necesidades nacionales de la Argentina y que le cortaba la base popular imprescindible para una genuina revolución de inspiración nacional. Fué ése el período de clausura de los sindicatos. Poco después, Perón comenzaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión una tarea tendiente a quebrar la influencia nacionalista-clerical, buscando en la movilización de la clase obrera un fundamento serio para el gobierno militar. El éxito de esta política, que transformó el motín militar en una revolución popular, al mismo tiempo que la caída del dominio fascista sobre Europa, dejó en el aire a los nacionalistas clericales, que buscaron entonces refugio en el aparato del Estado y en la Universidad. Desde allí continuaron infundiendo, en la medida de sus posibilidades, la propaganda tomista y reaccionaria de la Iglesia a un proceso que ya requería una ideología moderna, laica y revolucionaria. La desaparición del fascismo europeo y el surgimiento de EE. UU. como la columna más fuerte de la reacción mundial antisoviética, decidió a la Iglesia romana a inclinarse hacia un apoyo al imperialismo yanqui, guardián del orden capitalista y de la propiedad privada.

Al mismo tiempo, en nuestro país, las medidas progresivas de la revolución popular argentina suscitaban la desconfianza y la hostilidad crecientes de los nacionalistas clericales, adversarios tradicionales de la "demagogia" y de la "insolencia obrerista". Ambos factores coincidieron para que el nacionalismo clerical expresara su "anti-peronismo" (motín del General Menéndez) y su acercamiento a los EE. UU., olvidándose de su pasado anti-imperialismo verbal. Por esas razones, el periódico "Quincena", órgano de los Mario Amadeo y Cia., ratificaba su apoyo al imperialismo norteamericano, siguiendo en esto a "Presencia", del cura Julio Meinville, bajo la excusa de que EE. UU. era la única garantía actual de la civilización cristiana frente a la "barbarie soviética". No resultará extraño ver, en consecuencia, la rara alianza que en los últimos tiempos se ha forjado entre los representantes más notorios de la oligarquía vacuna, librepensadores de profesión, demócratas a la violeta, radicales pro-imperialistas, nacionalistas fascistas y clericales, a más de los socialistas y stalinistas, unidos férreamente en un solo frente contra

el "peronismo", o sea, contra la revolución popular. La Iglesia es, en este caso, el elemento catalizador.

El significado esencial de esta heteróclita alianza es el de voltear al régimen peronista, utilizando a tal efecto toda la artillería, desde la "entrega del petróleo" (para los anti-imperialistas incautos), las "libertades democráticas" (para los liberales puros) y la "defensa de la fe" (para los católicos). El común denominador de esta nueva Unión Democrática está fijado por el imperialismo. Su exigencia central es la desaparición de Perón. En otras palabras, cerrar el capítulo de la revolución popular. La única fuerza seria que está detrás de la vocinglería cipaya-clerical es el imperialismo yanqui; su aliado internacional es el Papado romano, que le facilita en esta emergencia la máscara ideológica. Es preciso recordar que los partidos demócratas cristianos de Europa desempeñan el papel que les asigna el Vaticano de acuerdo con Wall Street?

La lucha popular contra el Papado extranjero, sirviente del imperialismo yanqui, tendrá la virtud de purificar la fisonomía ideológica de la revolución argentina, suplantándola por un sistema de ideas laicas revolucionarias, las únicas que corresponden al movimiento nacional y democrático de nuestra época. Se abre el ciclo de la revolución ideológica.

## América Latina es Una Nación

por Ernesto B. Pacheco

El problema de la unidad latinoamericana se ha reactualizado como consecuencia de la renovada ofensiva imperialista contra nuestro continente. Pero aún no existe clara conciencia sobre el contenido histórico de esa unidad. Todavía hoy es necesario insistir en que América Latina constituye una nación balcanizada en 20 estados cuya independencia recíproca condiciona la general sumisión al imperialismo.

Ninguno de nuestros países logrará aisladamente sacudir el yugo extranjero. O sus revoluciones se engarzan en el ciclo de la revolución nacional latinoamericana, o inevitablemente son estranguladas por los enemigos de adentro y de afuera.

### ¿QUE ES UNA NACION?

¿Qué es una nación, y por qué lo es América Latina?

Comencemos por señalar que la nación —como entidad política— no constituye una categoría eterna, fuera o por encima de la historia. Fué el triunfo del capitalismo europeo lo que permitió la aparición de los modernos Estados nacionales del viejo continente.

La sociedad antigua se estructuró sobre formaciones tribales preexistentes. Su posterior organización política fué la ciudad-estado y el imperio multinacional.

El medioevo, por su parte, conoció la fragmentación de las soberanías, de acuerdo al localismo agrario que constituía su base económica.

Sólo el desarrollo urbano —es decir, de la burguesía— al expandir el comercio y la manufactura, da el primer paso hacia la creación de los Estados Nacionales.

La burguesía lucha por conquistar un amplio mercado interno para sus productos, más allá del mosaico

## El Marxismo y Jorge Abelardo Ramos

por Alberto Methol Ferré

El joven ensayista uruguayo Alberto Methol Ferré consagra un interesante trabajo al estudio del pensamiento marxista aplicado a la realidad de América Latina. Sin ser marxista, Methol Ferré examina objetivamente esta doctrina, analiza su entronque con la vida argentina, la crisis del "socialismo europeizante", la impotencia stalinista y el surgimiento del poderoso movimiento intelectual marxista en la Argentina.

\$ 4.— m/n. el ejemplar

EDICIONES OCTUBRE

Adquiéralo en las buenas librerías o en Ediciones Octubre, Florida 8, primer piso.

feudal, con sus múltiples soberanías, aduanas, leyes, impuestos, pesas, medidas y monedas. La antigua nobleza es liquidada, y la monarquía absoluta, al centralizar el poder, permite la expansión nacional del mercado interno.

Límite a esa expansión son las fronteras idiomáticas. Pueblos de un mismo idioma y territorio contiguo, se unifican bajo una misma soberanía. Económica y culturalmente, la lengua es el vínculo primordial de trato entre los hombres.

De este modo, en la historia de los pueblos modernos, el Estado Nacional aparece como la forma clásica de sociedad capitalista. Dos fuerzas lo cohesionan; una, cultural, la unidad lingüística; otra, económica: mercado interno, producción en gran escala, propiedad burguesa.

Aquellos imperios multinacionales que en pleno siglo XX eran la rémora de un pasado feudal, no pudieron soportar el coletazo de la primera guerra imperialista. Rusia, Austria y Turquía disolvieron su estructura multinacional, para lograr, precisamente, formas viables de modernización.

### LA CRISIS DEL CAPITALISMO MUNDIAL

Pero el capitalismo europeo y norteamericano han perdido, al entrar en su fase imperialista, toda progresividad histórica. Ahora necesitan, para mantener su dominación mundial, asfixiar en el atraso, la barbarie y la miseria a los pueblos sometidos, que son la mayor parte de la humanidad.

La periferia colonial y semicolonial del planeta, frenada en su desarrollo por las "civilizadas" potencias de Occidente, no logra abrirse paso hacia la modernidad, sino a través de enérgicas luchas revolucio-

arias dirigidas contra el opresor extranjero y sus aliados nativos: las clases feudales y semif feudales.

Estas revoluciones se asignan los mismos objetivos que la burguesía europea logró resolver en las pasadas centurias: unidad nacional; independencia; revolución agraria; industrialización. Pero no repiten el ciclo de las viejas revoluciones, pues se producen bajo el signo de la crisis mundial capitalista.

Como veremos, el papel decisivo que en ellas juega la clase obrera, como vanguardia de todos los sectores oprimidos, es la diferencia básica entre las nuevas y las viejas revoluciones. Por otra parte, estas últimas, al quitar al imperialismo sus principales fuentes de ganancias, reintroducen la crisis social en las metrópolis, obligando al proletariado de los países avanzados a derrocar revolucionariamente a su propia burguesía, y estructurar una sociedad socialista.

De este modo, en la época del imperialismo, las revoluciones democrático-burguesas de los países sometidos son parte del ciclo de la revolución socialista mundial. La alianza entre el proletariado de las metrópolis y las nacionalidades oprimidas, es condición indispensable para la culminación victoriosa de la lucha.

### BALCANIZACION LATINOAMERICANA

La "civilizada" Europa y Estados Unidos, para explotar a colonias y semicolonias, impiden que éstas, a su vez, se civilicen.

En América Latina el atraso tiene una forma primordial: la fragmentación en 20 soberanías ficticias, que no ocultan el hecho indestructible de nuestra comunidad idiomática, cultural, geográfica y de problemas económico-políticos. Un opresor fundamental, el imperialismo, gravita sobre nuestros pueblos. Una tradición inequívoca nos hermana. El atraso económico-cultural fija tareas paralelas, y obligan a resolverlas conjuntamente.

El más lúcido pensamiento latinoamericano, jamás ha vacilado en afirmar que constituimos una nación virtual, aunque balcanizada. Es la idea de los Libertadores Bolívar y San Martín. A un siglo de distancia, la enarbolan los mejores dirigentes del movimiento popular antiimperialista. Haya de la Torre, jefe de la pequeña burguesía revolucionaria peruana, la erige en piedra angular del pensamiento aprista. Entre nosotros, Manuel Ugarte, el esclarecido precursor.

### AMERICA LATINA, PROVINCIA EUROPEA

¿Por qué no se concreta la idea nacional, si ella expresa las profundas exigencias de la realidad latinoamericana? Porque el imperialismo —que en nuestra debilidad ve su fuerza—, nos somete a la política de "dividir para reinar".

El atraso y localismo heredados de la colonia, impidieron a Bolívar concretar la Federación Latinoamericana. La identidad de lengua, cultura y tradiciones es insuficiente cuando resulta exigua la base material que ha de sustentarla.

Al internacionalizar la economía, el capitalismo lo hacía en favor de la avanzada Europa. Nuestros pueblos fueron relegados a la monoproducción agraria y minera.

La presión del mercado mundial ejercióse de tal modo, que los grandes puertos del continente quedaban convertidos en cabeza del hinterland circundante. A través de las ciudades-puerto, cada segmento monoprodutor quedó subordinado a Europa y desvinculado del conjunto latinoamericano.

La falta de una burguesía industrial impidió pensar este movimiento centrífugo y disociador. No tuvimos ciudades que absorbieran la producción primaria, proveyendo, a su vez, de artículos manufacturados. Nuestra "ciudad" era Europa, y nosotros, provincias agrarias del viejo continente.

### BARBARIE AGRARIA Y MONOCULTIVO

El imperialismo ha dado actualidad funcional a la balcanización. De herencia del pasado, se convierte en fatalidad para el porvenir.

Todo germen de desarrollo industrial autónomo fue barrido. Se impedía, por un lado, la acumulación del capital nacional; por el otro, que las artesanías evolucionaran hacia la manufactura y la fábrica.

En nuestro país, por ejemplo, ferrocarriles, créditos, inmigración, política oligárquica, aduanas e impuestos, todo tendió a hipertrofiar el único sector que interesaba a la importación europea: la agricultura y ganadería litorales. El interior se extinguió en la miseria crónica. Fuimos desvinculados de América Latina.

A la barbarie agraria y minera se suma el monocultivo, que entrega nuestras economías a merced del imperialismo, fijador incontrolado de precios.

La balcanización de los transportes crea compartimientos estancos, soldados a Europa y Estados Unidos, y en trágica desvinculación recíproca.

La balcanización se proyecta a la propia cultura. Vivimos de espaldas a nuestra América Latina, con los ojos puestos en las metrópolis imperialistas.

Por lo demás, estas últimas no pierden ocasión de fomentar rivalidades fratricidas, para neutralizar posibles oposiciones. Conviértense en árbitros de quienes deberían estar hermanados contra el opresor común.

### LOS NACIONALISMOS ESTADUALES

La balcanización imperialista no se ejerce solamente contra América Latina. Es una táctica general que sufren casi todos los pueblos sometidos.

Treinta y ocho años necesitó China para conquistar su unidad nacional (1911-1949), aún hoy incompleta, pues una parte de su territorio —Formosa— sigue ocupada por Estados Unidos.

La nación árabe yace balcanizada en múltiples y exiguas soberanías.

La independencia de la India se pagó con el desplazamiento (India-Pakistán).

La táctica imperialista consiste en sustantivar todos los antagonismos regionales, religiosos, lingüísticos, etc. —propios de un país atrasado—, y erigir sobre cada uno de ellos una soberanía independiente, es decir, subyugada a la banca extranjera.

En América Latina fomenta el "nacionalismo" argentino, brasileño, chileno o mexicano. Otro tanto hace con el de Panamá, Bolivia, Uruguay o Guatemala.

Es evidente que la reducida base histórica de cada uno de esos países —aún los mayores—, abre amplio cauce a la maniobra imperialista de detener, estrangular y aún controlar sus revoluciones populares.

Lo que el imperialismo no tolera es la coordinación continental del movimiento, porque ella ataca directamente la palanca decisiva de su poder y de nuestro vasallaje. Esa palanca es el hecho mismo de la fragmentación latinoamericana.

Baste pensar en la grandiosa perspectiva que abre la planificación global de los recursos humanos y naturales del continente, no sólo en la economía, sino también en el plano cultural, social y político.

Los agentes de la burocracia soviética también se oponen a la unidad nacional latinoamericana. El Kremlin utiliza el antiimperialismo de los países atrasados, subordinándolo a sus propios objetivos en la guerra fría. Y lo traiciona sin escrúpulos, durante sus habituales componendas con los bandidos imperialistas. Condición de este maniobrar incesante, es la debilidad relativa del movimiento nacional. Su proyección a escala continental, quita a la burocracia soviética la posibilidad de enfundar a sus intereses la suerte histórica de las masas latinoamericanas.

### LA OLIGARQUIA PARASITARIA

Un aliado decisivo tiene el imperialismo para balcanizar y someter a América Latina: nos referimos a las oligarquías. Reciben ese nombre las clases feudales, semif feudales y capitalistas que controlan, junto con el capital extranjero, las reservas naturales del continente, una parte de la producción primaria y el comercio de importación-exportación con las metrópolis.

Estas oligarquías, únicas beneficiarias del atraso, la fragmentación y el vasallaje, actúan desde el gobierno como agentes más o menos directos del imperialismo, al cual entregan la soberanía de nuestras repúblicas. Ellas y el imperialismo son, junto con sus amos extranjeros, el enemigo central que se opone al curso victorioso de la revolución latinoamericana.

### REVOLUCION AGRARIA

Las clases feudales y semif feudales propietarias de la tierra, someten a explotación a las masas campesinas e indígenas, relegadas a la barbarie precapitalista.

Son éstas el núcleo más numeroso del pueblo latinoamericano. La insurrección agraria es la fuerza motriz primordial de nuestra revolución, la cual se integra, por consiguiente, en tres objetivos que configuran su contenido democrático-burgués: unidad nacional; revolución agraria; incorporación del indio a la vida civilizada.

Por revolución agraria entendemos la transformación del siervo campesino —casi siempre indígena— en pequeño productor independiente ligado a la circulación mercantil. Este cambio radical abre amplio cauce a la industria urbana, que encuentra, por vez primera, la posibilidad de abastecer al campo con productos manufacturados.

Varias razones sin embargo, impiden al campesino convertirse en vanguardia de la revolución emancipadora. Clase dispersa y localista, el atraso cultural, la falta de comunicaciones, el fetiche burgués de la propiedad parcelaria y la diferenciación social que se opera en su seno, le quitan toda unidad y amplitud revolucionarias. La experiencia histórica demuestra que el campesino debe marchar en pos de las ciudades, es decir, del proletariado o de la burguesía.

### IMPOTENCIA BURGUESA

Donde, como en el litoral argentino, las relaciones burguesas han penetrado de arriba a abajo las formas de producción y de cambio, ya se ha completado la diferenciación de clases en el campo, y es marcado el antagonismo —y aún la lucha— entre el proletariado (jornaleros) y la burguesía (chacareros que explotan mano de obra). Esta ordenación social plan-

tea problemas por entero distintos de los del conjunto de América Latina.

La aplicación del concepto "revolución agraria" a las zonas capitalistas desarrolladas, introduce una confusión teórica que es fuente de gravísimos errores políticos. Tal, por ejemplo, el de ignorar la afinidad relativa entre terratenientes litorales y burguesía chacarera, ambos ligados al mercado exterior, al libre-cambio, a la dilapidación consuntiva de la renta agraria y al odio contra el proletariado y sus reivindicaciones.

Las burguesías latinoamericanas sufren el peso aplastante de la competencia imperialista y deben oponerse a las manifestaciones más brutales del poder extranjero. Sin embargo, su lucha es interesada, inconsecuente y cobarde.

Han nacido sobre el terreno mismo de la balcanización, y eso les impide remontarse hasta una visión latinoamericana de conjunto. Las industrias paralelas, por ejemplo, obran como poderosos disociadores. No obstante, las Uniones Aduaneras y un cierto "latinoamericanismo" más bien declamatorio, ponen de manifiesto que hay fuerzas profundas, impulsoras de la unidad.

Pero la burguesía no está en condiciones de plantear y resolver con éxito esa magna tarea histórica. Su miedo al imperialismo le impide afrontar el único camino practicable: la guerra revolucionaria. En efecto, Estados Unidos se opondrá por las armas a que nuestros pueblos se federen, pues el fin de su dominación latinoamericana es el preludio de su colapso mundial.

### LAS CLASES EN LA REVOLUCION NACIONAL

Desde luego, la lucha exitosa contra el imperialismo no puede concebirse sino a través de la extrema tensión de las fuerzas nacionales. Pero la burguesía es incapaz de promover la movilización revolucionaria de las masas. La teme más que al propio imperialismo. No le negamos lucidez: comprende que una revolución popular victoriosa va más allá de los límites que el privilegio burgués tolera. Obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios no ponen sus energías al servicio de los intereses de ninguna clase explotadora, y están dispuestos a trascenderlos cuando la necesidad del movimiento así lo exija.

El miedo a la revolución popular arroja constantemente a la burguesía al campo de la contrarrevolución. No obstante, su conducta no es simple, pues la crisis mundial imperialista empuja los países sometidos al abismo de la liquidación y el caos.

Por eso, a regañadientes, de manera contradictoria, mezquina y limitada, los burgueses de América Latina —y con mayor razón las clases medias urbanas— participan en el proceso revolucionario, y aún lo dirigen en sus etapas iniciales. Pero "evan la vacilación en el alma, la estrechez en los ojos y el miedo a las masas en los huesos.

### EL ROL PROLETARIO

El atraso global de América Latina encuentra su complemento dialéctico en la aparición de ciertas zonas desarrolladas donde se dan los antagonismos inherentes a la moderna sociedad burguesa.

No sólo en las explotaciones coloniales tecnificadas, sino también en la incipiente industria urbana, una nueva clase —la de los asalariados— ha aparecido sobre el panorama del continente.

Por su concentración orgánica y por participar en los adelantos de la cultura urbana; porque ningún privilegio la ata ni a la vieja ni a la nueva sociedad; porque a medida que esta última se desarrolla, también se expande el número y la fuerza de los trabajadores que la mueven, el proletariado, más que las restantes clases, posee la combatividad, la disciplina y el empuje masivo necesarios para convertirse en caudillo histórico de todos los oprimidos.

Ni las contradicciones capituladoras de la burguesía —propias de toda clase dominante—; ni el histórico vacilar de la pequeña burguesía— siempre oscilando entre la burguesía, el imperialismo y el proletariado, ante los cuales se extiende como un conglomerado heterogéneo, difuso y sin relieve propio— ni, finalmente, el amorfismo campesino, pueden disputar a la clase obrera el derecho a la conducción revolucionaria.

Por otra parte, siendo una minoría en el conjunto de la nación latinoamericana, la clase obrera conquistará el poder político sólo si hace suyas las reivindicaciones comunes a todos los oprimidos del continente.

### LA ESTRATEGIA DE LA VICTORIA

En la lucha nacional contra el imperialismo, sin desconocer la existencia condicionada de enemigos comunes, corresponde al proletariado una tarea fundamental: liberarse de la tutela burguesa y disputar

# El Social-Imperialista Juan B. Justo y sus Discípulos

por Juan Carlos Trejo

1945 marca la quiebra histórica de los partidos obreros tradicionales. Enfangados en la Unión Democrática, y en la furiosa campaña por el ingreso en la guerra imperialista, cavaron un abismo entre ellos y las masas. Comunistas y socialistas pusieron de manifiesto su carácter de agentes populares de la oligarquía y el imperialismo. Durante la última década, no han hecho más que confirmar su triste fama. Ya los hemos visto del brazo de la Iglesia, convertida en eje de una nueva Unión Democrática. Esta persistencia en la traición prueba que hay causas profundas que la originan. No se trata de "olvidos" o "aberraciones" pasajeras, como gustan afirmar los amigos de las explicaciones inmediatas. Hay raíces ideológicas que crean en aquellas organizaciones una irreversible tradición reaccionaria.

La traición del 45 estaba predeterminada como la órbita de los astros. Un riguroso pensamiento, de dirección inequívoca, la preside. Su fundador es Juan B. Justo, padre del socialismo oligárquico.

Las sucesivas escisiones no aportaron ninguna innovación positiva. Salvo excepciones, limitáronse a controvertir problemas abstractos. Los comunistas hablaron de "revolución" en vez de "reformas"; de "dictadura del proletariado", opuesta a la "extensión democrática del socialismo". Pero no supieron pasar de los temas internacionales al profundo examen de la realidad argentina para replantear los graves errores estratégicos del programa nacional de Juan B. Justo. Su temprana sumisión a la burocracia thermidoriana

a la burguesía el liderazgo de las masas populares...

Pero ese liderazgo es imposible con métodos puramente espontáneos e inorgánicos. Hace falta un partido que centralice las mejores fuerzas de la clase trabajadora, las eduque en el espíritu del marxismo revolucionario; y sea la voluntad conciente del inconciente proceso histórico. Del mismo modo que no hay revolución popular victoriosa sin la jefatura del proletariado, no hay jefatura del proletariado sin la creación del Partido Obrero Independiente.

Quienes, argumentando la existencia de varias clases oprimidas por el imperialismo, propugnan aglutinarlas en un partido de frente único, olvidan que ese frente no es homogéneo en su composición. En el fondo, buscan que los trabajadores se subordinen a la rapiña nacional burguesa, y desciendan al nivel de las vacilaciones de las clases medias.

En el otro extremo se hallan los que —mediante una capciosa aplicación de la fórmula del Partido Obrero Independiente— sólo buscan separar al proletariado de la lucha democrática general, impidiendo su triunfo, al aislarlo del pueblo. Son los socialistas puros, los "antiburgueses" por excelencia, los europeizantes de la política, gratos al imperialismo, que ve en ellos a elementos de provocación contra el movimiento popular.

A través de sus organizaciones independientes, de clase, el proletariado latinoamericano englobará en su programa la defensa de todos los explotados, de todos los oprimidos por la alianza oligárquico-imperialista. Este es el único camino que asegura la victoria revolucionaria.

del Kremlin les impidió rehacer lo andado. Gozan del merecido desprecio de la clase trabajadora argentina.

Ya advertirá el lector que no anima estas páginas un simple espíritu de reconstrucción histórica. Si hablamos del pasado es para alumbrar errores que no deben cometerse en el porvenir. Sin esta tarea previa, no hay programa posible para la nueva izquierda. La nueva izquierda que los trabajadores necesitan para dar continuidad histórica a su gran revolución comenzada hace diez años.

### INTERNACIONALISMO EN UN PAIS SEMICOLONIAL

La aparición del Partido Socialista coincide con el vasto proceso de modernización argentina. La presión del mercado extranjero y la penetración imperialista, cambian en pocos años la faz del país. Correlativamente, la ola inmigratoria nutre los contingentes de la nueva burguesía chacarera, del proletariado porteño (servicios públicos, industrias de exportación, primeras fábricas, artesanía) y de sectores de la clase media urbana.

El progreso económico no se efectuaba de manera rectilínea, sino a través de profundo antagonismos. Estaba subordinado a las necesidades imperialistas: el capital extranjero desarrolló la agricultura y ganadería litorales en grado prodigioso, transformando al

país en abastecedor de las metrópolis industriales de Europa. Buenos Aires, la gran ciudad puerto; se convirtió en la Babilonia del Plata, creciendo a pasos agigantados, conforme crecía el gran torrente de la importación-exportación.

Pero al mismo tiempo, las provincias interiores quedaban relegadas a una paulatina y crónica decadencia, pues ningún papel desempeñaban en el plan mundial del imperialismo. Bajo la férula político-económica de una oligarquía de estancieros y grandes comerciantes —agentes más o menos directos de Londres y otras capitales de ultramar— la República vegetaba, convertida en semicolonia del capital extranjero. Esta situación provocó la lógica repulsa de las masas populares, cuyo descontento canaliza, a partir de la última década del siglo pasado, el partido radical de Hipólito Yrigoyen.

Embrionario y contradictorio, el nuevo movimiento refleja el despertar de las masas argentinas. Heredero del federalismo democrático, expresa al mismo tiempo a la nueva clase media urbana que pugna por intervenir en la conducción política del país y sueña con el desarrollo industrial para afianzar su posición burguesa.

El proletariado, mientras tanto, crecía en Buenos Aires y alrededores. Su asimilación a la vida política argentina, daría al movimiento popular una vanguardia combativa y sólida. Pero el proceso no podía operarse espontáneamente, y quienes debieron conducirlo obraron en sentido contrario.

Los trabajadores inmigrantes trajeron en sus alforjas la ideología del socialismo europeo. Vieron en Buenos Aires, gran metrópoli, una prolongación del viejo continente. El resto del país, a partir del Riachuelo, destruía ese espejismo.

### EL SOCIALISMO EUROPEO EN AMERICA LATINA

La ideología socialista no es un cúmulo de esquemas abstractos. En las contradicciones inherentes a cada sociedad encuentra el motor y la palanca del progreso humano. Y el mundo moderno está dividido en países opresores y países oprimidos.

En estas condiciones, la teoría importada desde Europa necesitaba remodelarse para adquirir aquí auténtica eficacia revolucionaria. Pero es mal de intelectuales escindir lo abstracto de la vívida realidad que está expresando.

En Europa, el capitalismo se había desarrollado hasta las últimas consecuencias y ya estaba en la etapa de la putrefacción imperialista. La clase obrera encontraba en su propia burguesía al principal opresor y enemigo. Tal es el antagonismo básico que desgarró los grandes países fabriles. La plétora industrial se asfixia bajo la trama de las relaciones capitalistas. La revolución obrera logrará reestructurar el orden social, instaurando la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio.

Pero en América Latina, como en los restantes continentes sometidos, afuera y no adentro está el enemigo principal. Es el capital imperialista, cuyas tenazas estrangulan todo desarrollo y modernización. Aún la burguesía industrial nativa se ve aplastada por los grandes monopolios extranjeros. Sólo un aliado tienen éstos: las clases semif feudales que monopolizan la tierra y las materias primas, estrechamente ligadas a la burguesía comercial tributaria de Europa y Estados Unidos.

Bajo el imperio de estas circunstancias, el movimiento obrero, que no opera en el vacío sino en las entrañas de una sociedad concreta, debe reconocer como básico el antagonismo nacional entre todas las clases populares y la coalición imperialista oligárquica.

En la medida en que ignora este hecho y se cir-

cunscribe a la lucha contra los patrones industriales, debilita a este sector, el más endeble de las clases dominantes, sin fortalecerse correlativamente. En primer término, porque —siendo una minoría dentro de la población— su divorcio de ella lo reduce a la impotencia; y en segundo lugar, porque no puede haber una clase obrera victoriosa y próspera en un país sometido a la férula extranjera.

Pero si el movimiento obrero adecúa su táctica a la lucha central contra el imperialismo, gana aliados en las restantes clases populares, que sin ser socialistas, sufren el yugo semicolonial y oligárquico. De este modo, en vez de aislarse, se coloca en condiciones de asumir la jefatura de la revolución democrático-burguesa (1) impidiendo, por un lado, que se divida el frente del pueblo, y, por el otro, que la burguesía nacional quede a la cabeza de la lucha y maniobre con la adhesión de las demás clases para negociar la entrega del movimiento de masas al imperialismo, a cambio de las migajas del festín.

En los países atrasados, la toma del poder por la clase trabajadora —minoría en el conjunto de la población— sólo es posible si ésta prueba en la lucha su temple de vanguardia política de todas las masas oprimidas por los expoliadores del pueblo en su conjunto: la oligarquía y el imperialismo.

¿Logró Justo, fundador del Partido Socialista, comprender estas verdades e inculcarlas al nuevo proletariado, asimilándolo a la política nacional?

Su función fué exactamente la inversa. Y para cumplirla, echó mano a dos argumentos: el antirradicalismo y el "socialismo puro".

### JUSTO Y SU DESPRECIO A LA "POLITICA CRIOLLA"

Como hemos visto, el radicalismo de Yrigoyen canalizó el descontento popular argentino contra la explotación oligárquico-imperialista. No lo comprendieron así la mayor parte de nuestros intelectuales, porque, falto de amplitud teórica, aquel movimiento se concretaba a los símbolos esenciales, y todo adquiría un carácter contradictorio, difuso y místico.

Pero ello no autorizaba a negarle razón de ser histórica, pues sus debilidades reflejaban lo embrionario e indiferenciado del movimiento de las masas. Ante esta circunstancia cabían dos posturas: o bien combatirlo en bloque —con argumentos tradicionales o de "izquierda"— o bien sumergirse en la caudalosa marea popular, ser su conciencia lúcida y el eje nucleador que asegurara la continuidad del movimiento, superándolo dialécticamente a través de sucesivas y más enérgicas conducciones. El proletariado disputa a la burguesía la hegemonía sobre el movimiento nacional y democrático.

Justo, por el contrario, centró desde un principio la lucha, no contra el "Régimen", es decir, contra la oligarquía, contra los conservadores, sino contra Yrigoyen.

Denominó con desprecio "política criolla" a todo cuanto de auténticamente popular había en el país. "En mis tiempos de joven —afirmaba— llegué a comprender que esta intransigencia de los partidos de la política criolla, que en algunos de ellos pasa por ser la principal bandera, era uno de los peores vicios de nuestra política". La observación va dirigida contra el caudillo del pueblo, que fué en efecto intransigente; que mantuvo quince años la abstención electoral como arma revolucionaria para arrancar al Régimen la libertad efectiva del sufragio (ley Sáenz Peña).

Justo, en cambio, ciudadano del país en que el fraude y la violencia mantenían al pueblo alejado de

(1) Liberación nacional; revolución agraria; industrialización; democracia social y política; modernización cultural.

la lucha política, escribía a fines de siglo estas inconcebibles palabras:

“¿Para qué vamos a reclamar nuevos derechos, si no hemos sabido hacer uso de los que tenemos? Los derechos políticos están en la República al alcance de todos los trabajadores, que el día que quieran podrán usarlos en beneficio de su causa. Pero ni los trabajadores extranjeros los han solicitado, ni los nativos han sabido usarlos con criterio” (1894).

Hemos visto que Justo combate —por “intransigente”— la abstención de la Unión Cívica Radical; por “facciosas”, sus revoluciones; y que afirma, con inaudita sangre fría, que los derechos cívicos están al alcance de la mano, pero que el pueblo no sabe utilizarlos. Semejante obsecuencia ante el fraude oligárquico, no es, por supuesto, gratuita: Se aproximan las presidenciales de 1910, nueva farsa comicial. Justo, de su puño y letra, redacta un manifiesto, donde comenta de este modo la no concurrencia del yrigoyenismo.

“También esta vez, la clase trabajadora de Buenos Aires estará sola frente al gobierno, y debemos esperar a que, de hoy en adelante, sea siempre así”.

Este rígido hombre de principios, opina muy suelto de cuerpo: “Habiendo fraude, los radicales se abstienen; absteniéndose ellos, ¿quién nos disputa la minoría —y quizás la mayoría— en la ciudad de Buenos Aires?”. “Pero, señor Justo, ¿y el país, y el pueblo argentino?”. “El país, señores de “Izquierda”, y el pueblo argentino, que revienten”.

## LA OLIGARQUÍA SIMPATIZA CON JUSTO

Los conservadores veían con agrado cómo una nueva fuerza popular ganaba terreno en la capital de la república. Votos que ellos no controlaban, pues pertenecían a las clases oprimidas del municipio porteño, cristalizaban —gracias a Justo— en un Partido Socialista cuya principal misión era golpear a Yrigoyen, separar a los trabajadores del pueblo en su conjunto, y traducir a lenguaje “marxista”, de pies a cabeza, la constelación ideológica de la propia oligarquía.

Agradecidos, complacieron a Justo no mostrándose “intransigentes” con él. El 15 de mayo de 1914, el diputado conservador Julio Costa —aquel gobernador de Buenos Aires derrocado en 1893 por la revolución popular yrigoyenista— lapidaba con este elogio al partido “de los trabajadores”.

“El partido Socialista no es aún nuestro adversario electoral, y los más de nosotros estamos conformes con él en las más de sus reivindicaciones. El adversario que tiene el socialismo es el Partido Radical, que le pisa los talones en la capital de la República”.

Pero los radicales triunfaron. A partir de 1916, Juan B. Justo, el enemigo de la “intransigencia” convierte a su partido en el opositor más intransigente del nuevo gobierno. Junto a los conservadores, y con la tozudez legalista tan estrecha como interesada, pugna por impedir que Yrigoyen normalice las instituciones provinciales, interviniendo los gobiernos de origen fraudulento. Se buscaba con ello neutralizar hasta la impotencia al presidente popular. Juan B. Justo, con capciosa casuística, se opone a que se intervenga la provincia de Buenos Aires, el formidable reducto oligárquico del gobernador Marcelino Ugarte.

En las Cámaras los socialistas encabezan una estéril campaña de obstrucciones, insolencias verbales, despropósitos y calumnias contra Yrigoyen y los suyos. “Siempre hemos vivido, exclama un día el diputado Justo, bajo una tiranía disimulada”. De ese modo califica al gobierno del pueblo, quien no tuvo empacho en medrar bajo la protección benevolente de las violencias oligárquicas. Al estallar la guerra, el bloque socialista, con Justo a la cabeza, se suma a

quienes pretenden que la juventud argentina se desangre en Europa por la causa de sus opresores. La neutralidad de Yrigoyen es blanco de enconados ataques.

Aún la legislación obrera propuesta por el gobierno es combatida a menudo y se la tacha de “demagogia burguesa”.

El contubernio, ese frente sin principios con que conservadores, socialistas, demócratas progresistas y “antipersonalistas” bloquearon a Yrigoyen y esterilizaron en gran medida sus dos presidencias, tornó explícita la alianza virtual entre el socialismo juanbejustista y las reaccionarias fuerzas oligárquicas. Sus últimas hazañas en aquel período fueron:

1º) La tentativa de impedir la reelección de Yrigoyen, interviniendo por ley la provincia de Buenos Aires. Fué Juan B. Justo quien presentó el proyecto.

2º) La creación del “clima civil” para el derrocamiento del presidente plebiscitado por el pueblo.

## EL PARTIDO SOCIALISTA Y LA REVOLUCIÓN DE SETIEMBRE

¿Puede extrañarnos que ya muerto el “maestro”, sus fieles discípulos saludaran el régimen de Uriburu —que da comienzo a la “década infame”— con estas ruines palabras?

“La nación ha vivido en una dolorosa realidad desde 1916 hasta estos recientes días de setiembre de 1930... El gobierno de la Unión Cívica Radical significó para la República un castigo superior al error sincero del pueblo que la exaltó.

“El pueblo ha sido criminalmente defraudado en todas sus esperanzas. La confianza depositada por la Nación en el partido triunfante, ha sido aplicada como un mandato en blanco para todas las transgresiones. Los directores de ese partido han vivido en las instituciones para prostituir las; han invocado la Constitución para violarla; han proclamado el imperio de la ley, para consumir toda clase de ilegalidades; han exaltado la honradez para ocultar sus delitos; han proclamado propósitos de revisión social, para empeorar todo lo malo y destruir todo lo bueno que recibieron de gobiernos anteriores... Agravaron las condiciones materiales del pueblo, empeorando el régimen impositivo tradicional, que descarga todo su peso sobre la clase trabajadora y productora; arrasaron con menosprecio del Congreso, autonomía, normas y leyes; dilapidaron la renta pública; traficaron con posiciones de gobierno; destruyeron con la corrupción, por el dinero y las prebendas y el favoritismo, la moral y el estímulo eficiente en la administración civil y militar.”

## JUSTO CONTRA LA INDUSTRIA NACIONAL

La corrupción justista se expande vigorosa en el terreno de la ideología. “La Vanguardia” abre el fuego desde su fundación con una enérgica campaña en favor de la libertad de comercio. En el país del librecambio, Justo acusa al gobierno... de ser proteccionista! ¡No es necesario decir (en 1951) que un país sin industrias es un país sometido; que su pueblo vegetará en el atraso, la miseria y el desempleo crónicos. Pero escuchemos al propio “maestro”:

“El patriotismo mal entendido es una de las causas de nuestra mala política. Todavía hay estancieros a quienes se les llena la boca cuando hablan de la industria nacional... La tontería es no darse cuenta de que esta protección se hace en detrimento de su propia industria, de la ganadería y de la agricultura, bases del bienestar y del adelanto económico del país...”

Es preciso que hacendados, agricultores y molineros, que producen para la exportación, se den cuenta que, en lo que se refiere a nuestras relaciones con los mercados extranjeros, sus intereses son completamente opuestos a los de los fabricantes, que producen para el consumo y tratan de aislar a nuestro mercado... Los estancieros y agricultores necesitan ante todo, mercado para sus productos, que sólo en su menor parte son requeridos para el consumo local... Para que lo consigan, necesitan tener celosos aliados en los fabricantes de los países (industriales)... Y los fabricantes del continente europeo no defienden con mucho calor el comercio con este país, porque nuestros altos derechos de aduana les impiden venir a competir aquí con los artículos ingleses, más baratos, o con la protegida industria nacional... Así que las dificultades de la competencia agucen su perspicacia, hacendados, chacareros, molineros y propietarios de tierra van a comprender todo esto, y sus intereses coaligados formarán una nueva y poderosa fuerza política... Defendiendo sus intereses, habrán hecho lo mejor que pueden hacer por el interés general”.

En una palabra, lo que el “maestro” propicia es la creación de un partido político oligárquico que luche contra la naciente industria, tan endeble, que casi no existe! Y ello... en nombre de los intereses generales (¿de la oligarquía?). Resta añadir que esta concepción la mantuvo Justo toda la vida.

## EL PRO-IMPERIALISTA JUSTO

Hay un mal-entendido que conviene disipar: el del anti-imperialismo justista. Ningún carcamán, ni joven aspirante a momia política, deja de aportar su granito de arena a tan divertida leyenda.

Justo no fué anti-imperialista, ni jamás pretendió serlo. Negó que el imperialismo existiese; se opuso a algunos excesos, al par que toleraba o defendía otros. Y lo que es decisivo, luchó porque se mantuvieran las condiciones mismas que hacen inevitable la dominación extranjera. (Librecambio y atraso agrario; fraude electoral; divorcio entre el proletariado y el pueblo; servicios públicos en manos extranjeras; desdén por lo nacional; guerras de conquista).

Encandilado por la civilización europea, Justo ignoró que era una civilización de clase. Una civilización para las burguesías del viejo continente y de Estados Unidos, que provocaba el vasallaje colonial de las tres cuartas partes del planeta. Ahora bien, condición de ese vasallaje es la debilidad del sometido, y ella se llama atraso económico, esclavitud política y enajenación cultural. Justo, en cambio, santificó, a lo largo de su existencia, el derecho del país imperialista a exportar su “civilización”, aún por la violencia.

“Cada pueblo, dice, está obligado a explotar por sí mismo o a abrir a la explotación de los otros, las riquezas naturales del suelo que considere suyo, so pena de perder su dominio por la violencia. Ante feraces llanuras sin cultivo o preciosos depósitos minerales que yacen sin aprecio, nada detendrá la extensión del progreso técnico, aun cuando para realizarlo sea necesaria la guerra”.

Nuestro delicado teórico adelanta opiniones como la que sigue: “No nos indignamos demasiado porque los ingleses exterminen algunas tribus de negros en el África Central... ¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en África porque se acompaña de crueldades?”

Desde luego, ello no impide a los ingleses, asesinos de negros, o mejor dicho, a su aristocracia monopolista y terrateniente, comprender... pero dejemos que el “maestro” hable directamente:

“Donde, como en Inglaterra, la clase capitalista gobernanante comprende tan bien como el pueblo las ver-

dades del socialismo, ella conserva su preeminencia moral y es capaz de conducir el país por el camino del progreso”.

Innecesario es aclarar que entre “civilizados” y “bárbaros” el maestro no vacila, aunque esos “bárbaros” —y por añadidura, “corrompidos e ineptos”— sean los propios argentinos.

“El Partido Socialista, afirma, acoge con mucha reserva los proyectos de nacionalización... prefiriendo la gestión privada (es decir, inglesa!) a su manejo por gobiernos corrompidos e ineptos (es decir, el popular de Yrigoyen)”. Y añade esta portentosa calumnia: “Los ferrocarriles nacionales son una verdadera carcoma de la riqueza pública”. Olvida —¿preciso es aclararlo?— que el ferrocarril es instrumento de gobierno y soberanía económica, no de lucro, y que los primeros que tuvimos, todos de capital argentino, fueron un modelo de eficiencia y rentabilidad.

Pero una de las tácticas imperialistas consiste en inculcar a los pueblos sometidos un sentimiento de autodenigración. Son sus portadores los intelectuales cipayos, que, como Juan B. Justo, embellecen al imperialismo y acumulan calumnias contra el pueblo y sus representantes.

## JUAN B. JUSTO APOYA LA GUERRA IMPERIALISTA

Como es lógico, la actitud de Justo en política internacional fué de sumisión servil hacia las potencias que nos oprimían. Al estallar la primera guerra por el reparto del mundo, la base obrera del Partido Socialista impuso en el congreso partidario una moción contraria a la ruptura de relaciones con Alemania. Correcta posición, pues en los campos de Europa, no se luchaba por la “democracia” contra el “prusianismo”. En realidad, un grupo de potencias imperialistas disputaba a otro grupo rival el dominio del mundo. Unicos jueces de las consignas demagógicas con que Inglaterra y Francia encubrían sus auténticos fines, son los hindúes, árabes, birmanos, indochinos, senegaleses, etc., etc., sometidos a sangre y fuego a la democracia imperial de su metrópoli.

Contra el mandato expreso que había recibido, afirmó Juan B. Justo en la Cámara de Diputados, al discutirse la moción de ruptura:

“No tiene, pues, mayor significación declarar rotas esas relaciones, y sin atribuir mucha importancia a nuestro voto, votaríamos eso, como una resolución más o menos indiferente, por razones de mera comodidad o cortesía con los ciudadanos que parecen anhelar esa declaración como un gran hecho” (Diario de Sesiones, 22 de setiembre de 1917). (Votaríamos, dice Justo, cuando debió decir, votaremos).

Como se ve, la cortesía no alcanzaba a los ciudadanos del propio partido, que expresamente anhelaban la no declaración como un gran hecho.

En cuanto a la “indiferencia”, no pasa de ser un recurso retórico.

En el Congreso partidario de 1917, manifiesta: “Contamos con toda una escuadrilla de torpederos de mar, hechas en 1912, en Alemania, que deben ser famosas para perseguir y destruir los submarinos alemanes, y me gustaría verlas en ese empeño, aunque alguna de ellas se hundiera gloriosamente.”

Juan B. Justo muere en 1928, y sus discípulos, al frente del Partido Socialista, no hacen más que perpetuar —amplificándolas— las aberraciones del maestro.

En ulteriores artículos examinaremos otros aspectos no menos importantes de la prédica justista, para entrar, posteriormente, en la historia del Partido Socialista durante la “década infame”, la segunda guerra mundial y el último decenio.



# La Crisis Histórica del Radicalismo

por J. E. Spilimbergo

Las páginas que van a leerse pertenecen al ensayo de Jorge E. Spilimbergo titulado "Hipólito Yrigoyen y el destino del radicalismo", de próxima aparición. Se transcriben aquellos pasajes en los cuales —tomando como punto de partida la experiencia política argentina durante la tercera década de este siglo— Jorge Spilimbergo examina la táctica imperialista destinada a derrocar aquellos gobiernos cuya política nacional y social obstruye los planes de agresión y rapina del capital extranjero.

El arte de las clases dominantes consiste en elegir su oposición. Minoría frente al pueblo, ni aún la violencia la mantiene en el poder. Al antagonismo que la explotación promueve, hay que canalizarlo de tal modo, que nunca el ataque se dirija contra lo esencial del régimen. La oligarquía argentina supo crearse esa oposición mientras fué gobierno. Desde el llano, la utilizó para dividir y hostilizar al partido del pueblo. Mostró con ello ser una clase avezada en el manejo político.

Los conservadores de cada provincia nuclearon a las restantes fuerzas. Algunas actuaron desde la "izquierda", para influir sobre vastos sectores populares, interdictos a la propaganda conservadora. El socialismo de Juan B. Justo, por ejemplo, fué la valla que mantuvo al proletariado al margen del movimiento liberador, descabezando a éste de su elemento más combativo. Algo parecido ocurrió con Lisandro de la Torre, el caudillo de la burguesía rural santafesina. Completaban el heterogéneo conglomerado los elementos oligárquicos infiltrados en el propio partido radical. Pretextaron "antipersonalismo" para combatir a Yrigoyen. Fueron los "azules", color de unitarios, los "galeritas" enlevitados. Terminó por comandarlos Marcelo T. de Alvear. Este conjunto abigarrado necesitaba una palabra que lo definiera en su proteica mescolanza. Yrigoyen la encontró: "contubernio", vale decir, maridaje ilegal, a espaldas de todo principio.

Al aproximarse las elecciones de 1928, el contubernio se dispuso a dar la batalla definitiva, para lo cual proclamó la fórmula radical "antipersonalista" Melo-Gallo, apoyada también por los conservadores. El radicalismo auténtico levanta, como siempre, la ya tradicional de Hipólito Yrigoyen. Pero el contubernio intuye que nada podrá hacer si las elecciones son limpias. El ministro de Guerra, general Justo, tiende los lazos de la conspiración militar. Hay que suspenderla, sin embargo, porque la fuerza popular del yrigoyenismo es abrumadora. El ministro del Interior autoriza la campaña de persecuciones y terrorismo contra los afiliados radicales. Dociientos hombres pierden la vida en diversos puntos del país. Son numerosas las detenciones y demás atropellos. Tampoco con esto se consigue gran cosa. Surge un proyecto de "alta política", el de intervenir Buenos Aires. Unidos a los de la Capital Federal, los electores de esta provincia forman una casi mayoría. La intervención abre el camino a elecciones fraudulentas de estilo oligárquico. Pero Alvear no se atreve a proceder por decreto y, en diputados, los socialistas están divididos. La fracción de Di Tomaso —que no tardará en constituirse en Partido Socialista Independiente—, apoya la intervención. Juan B. Justo vacila, pues teme ponerse en descubierto. Ante esta "deserción", el proyecto queda en aguas de borrajas. Pero al poco tiempo se reactualiza sorpresivamente, por intermedio de Juan

B. Justo en persona. Sólo que el hábil dirigente no invoca la consabida "subversión de las instituciones" sino la "inmoral" ley de juegos que se acaba de aprobar en Buenos Aires. El jefe del socialismo oligárquico no duda ni un instante. El está por la "moralidad" aunque con ello se hunda la democracia argentina.

Y es así como, pese a las maniobras de todo orden que la oligarquía levanta en su camino, Yrigoyen triunfa en los comicios de 1928 por una abrumadora mayoría de sufragios, que prueban a las claras su indiscutible arraigo en el corazón de las masas.

Nadie hubiera pensado, frente a esta victoria sin precedentes, que a los dos años escasos, la contrarrevolución oligárquica lo derribaría del gobierno, en medio de la pasividad y el desconcierto del conjunto de la población.

Y sin embargo, ya en el momento del triunfo, el radicalismo se encontraba podrido hasta la médula. La crisis comenzó en las entrañas mismas del Partido. Sus orígenes se remontan a 1912, cuando el prematuro abandono de la abstención electoral y la apertura de los padrones de afiliados. Un aluvión de aventureros y arribistas ingresa a la Unión Cívica, especulando con sus perspectivas electorales y presupuestarias. Los años del poder acentúan esta tendencia. Allí en lo alto, el jefe se mantiene incorruptible. Pero no ocurre lo mismo con muchos correligionarios.

Tal es la suerte de las revoluciones triunfantes: ser estranguladas por su propia burocracia. Sólo amplias oleadas populares que las renueven e impulsen, son capaces de aligerar la escoria parasitaria. Cuando el gobernante pone distancia entre él y su pueblo, el espíritu burgués se apodera de la burocracia y el Estado se transforma en guardián y defensor de las clases dominantes.

Aunque la administración radical nunca fué óptima, durante la primera presidencia los grandes principios compensaron este factor negativo. La neutralidad es, al mismo tiempo, prosperidad en medio de la guerra imperialista. Pero ya en 1929 penetramos en el negro período de la crisis mundial. La centralización absorbente, la inepticia de muchos colaboradores, el desorden que los despilfarros acentúan, van haciendo su camino. De esto saca tajada el periodismo reaccionario: "No se recuerda en el país ninguna época de favoritismo y corrupción en los círculos áulicos como la presente", dice "La Nación". El diario "La Prensa", por su parte, califica al de Yrigoyen de "gobierno trocado en partido armado y ayudado con las armas, los privilegios, las ventajas y los recursos del poder público".

La propia senectud del líder (ya tiene 77 años), ejerce decisiva influencia. Nadie se atreve a reemplazarlo, unos por timidez, otros por cálculo y arribismo. El mito de Yrigoyen aplasta a la Unión Cívica, ahogando posibles renovaciones. Debí esperarse que ellas vinieran de afuera, de los partidos de izquierda, si acaso éstos se decidían a integrarse en la historia viva del país, levantando aquellas banderas que el radicalismo senilmente abandonaba. Pero Juan B. Justo y Lisandro de la Torre eran tenaces en el contubernio. De este modo, ante la progresiva putrefacción del sistema, la contrarrevolución oligárquica se hacía inevitable. La mejor arma de Uriburu fué esperar pacientemente.

Pero no es la anomalía política y administrativa

de esta segunda presidencia la causa del cuartelazo, sino el pretexto con que se procura neutralizar a la opinión pública. Tomemos un ejemplo.

Yrigoyen ha intervenido San Juan y Mendoza. Las intervenciones fueron justas, pero los procedimientos empleados no. Se han cometido violencias, algunas muy graves. Aquí y allá aparecen brotes fraudulentos que recuerdan al antiguo régimen. La oposición de derecha, encrespada, acusa a Yrigoyen de "dictador", de "tirano". Los estudiantes recorren nuestras calles al grito de "¡Democracia sí, dictadura no!", "¡Muera la mazorca, abajo la policía de los tiranos!". De "caudillo senil y bárbaro" lo califica Raúl Uranga, que habla en nombre de FUBA. "Presidente mazorquero", dice un socialista independiente.

La revolución de Uriburu tuvo como propósito declarar reestablecer el imperio de la democracia. La caída de Yrigoyen fué, como hemos visto, la del "tirano". ¿Y qué se vió luego? Se vió la dictadura de verdad, el entronizamiento de la más fraudulenta infamia de que haya recuerdo la República.

No fué la putrefacción del régimen lo que determinó la reacción opositora de derecha, sino que ésta vió en la decadencia de su adversario la circunstancia propicia y el pretexto a agitar, que le permita tomarse el desquite, devolviendo el poder a la oligarquía. La "democracia" en boca de las clases dominantes no es sino el prólogo de su contrarrevolución sangrienta.

La gestación del golpe de septiembre documenta lo que decimos. "Los señores Juan E. Carulla y Daniel Videla Dorna —afirma el uriburista Beresford Crawkes— se apersonaron al general pidiéndole aceptara para dicho movimiento el cargo de jefe de la revolución. Luego de hablarse ampliamente sobre el punto, se convino en que era prematuro el estallido, puesto que no había en el pueblo agravios tales que lo justificaran... Fué así que se pensó (en crear) agrupaciones patrióticas encargadas de hacer una vasta campaña derrotista del gobierno, difundiendo cautelosamente en el pueblo la idea revolucionaria."

Como se ve, los políticos y la prensa fieles a la oligarquía, fingieron reaccionar, en nombre de la "democracia", contra los "desmanes" del radicalismo. En realidad, utilizaban estos "desmanes" (abultándolos y desorbitando su significado), y se cubrían bajo la "democracia", para llevar a cabo, sin oposición del pueblo, su restauración oligárquica.

Merece amplias reflexiones esta típica maniobra oligárquico-imperialista, que acecha constantemente a las revoluciones populares. La burguesía nacional, a la que Yrigoyen representaba frente al régimen, no fué capaz entonces, no lo es ahora, de llevar a sus últimas consecuencias la revolución del pueblo, cuyo concurso requiere como aliado y punta de lanza. El estancamiento del proceso revolucionario produce todos los síntomas de putrefacción que caracterizan el último período de Yrigoyen. La inconsecuencia de la burguesía nacional deja intactas las bases económico-políticas de la contrarrevolución oligárquica. La defraudación del pueblo en sus esperanzas —agudizada por los periódicos y sin cesar agravados coletazos de la crisis mundial del capitalismo—, neutraliza el apoyo al gobierno y socava sus bases de sustentación. La podredumbre burocrática subraya cuanto hay de antipopular en el aparato burgués del Estado, y lo torna impotente frente a sus enemigos reaccionarios. La demagogia de los agentes "izquierdistas" del imperialismo, solivianta los ánimos e impide al mismo tiempo la formación de una auténtica izquierda revolucionaria que continúe el proceso, superando dialécticamente su primitiva jefatura burguesa, y elevando al proletariado a la conducción política de la revolución liberadora.

A falta de un auténtico partido obrero que lo superara por la izquierda, la revolución yrigoyenista fué

inevitablemente derrotada por la restauración oligárquica e imperialista. Tal es la principal enseñanza que se deriva de este importante período de la política argentina.

Los intereses norteamericanos jugaron un papel decisivo en los acontecimientos. El imperialismo del petróleo quiso impedir de cualquier manera que la ley de expropiación fuera votada. Autorizados historiadores concuerdan en el hecho:

"El 6 de setiembre, escribe Raúl Scalabrini Ortiz, Yrigoyen fué derrocado por una revolución. Todos supimos, quizá demasiado rápido, que esa revolución fué animada por los intereses de la Standard Oil: ... Lo importante es señalar el error en que incurrió el presidente Yrigoyen al no disolver el Congreso y llamar a nuevas elecciones. La ley se transgrede constantemente cuando la transgresión favorece a los intereses extranjeros. ¿Por qué no transgredirla en defensa de los sagrados intereses de la nación y del pueblo argentinos... La excesiva puntilliosidad legal del presidente Yrigoyen abrió las compuertas a la piratería nacional, que estaba esperando acorralada a sus amos extranjeros".

"En octubre del año anterior —resumimos de Gálvez— ya conspiraba el general Uriburu. Las empresas de petróleo, que pierden al año muchos millones de pesos por la política petrolífera de Yrigoyen, han decidido voltear al enemigo común. Los antipersonalistas son fervientes revolucionarios. Las clases distinguidas se convierten en propagandistas del movimiento. Los legisladores conservadores y los socialistas independientes publican un enérgico manifiesto. Constituido el gobierno revolucionario, llama la atención de que tres de sus ocho ministros estén vinculados a las compañías extranjeras de petróleo, y todos, salvo dos o tres, a diversas empresas capitalistas europeas y yanquis". En análogos términos habla Del Mazo.

Durante el otoño de 1930, todas las fuerzas reaccionarias incrementaron su ataque contra Yrigoyen. Antipersonalistas y socialistas independientes (estos últimos cuentan con el apoyo decisivo de "Crítica") figuran, como siempre, a la cabeza. Los socialistas de Juan B. Justo (el maestro ha fallecido, pero Repetto recoge su tradición), cooperan en otros sentidos: fustigan con su conocida "probidad" cuanto de fustigable hay en el gobierno. Pero al olvidarse de la contrarrevolución en marcha, al no denunciar que la oligarquía utiliza los elementos de descomposición para abrirse paso hacia el poder, se convierten, de hecho, en cómplices gratuitos de la misma. La "Liga patriótica" y la "Legión Cívica" agitan a la juventud oligárquica. "En cada casa, dice Gálvez, hay uno o dos revolucionarios, a veces de diecisiete y aún de dieciséis años. Odian a Yrigoyen con odio de clase. Están convencidos de que los radicales son ladrones y no se bañan. Los llaman "la chusma". Es una revolución de clase la que se prepara."

Los estudiantes son presa de la agitación demagógica. Sus manifestaciones —organizadas por la FUBA—, recorren las calles en vísperas del estallido. El cuatro de setiembre por la noche, una columna estudiantil es arengada desde el diario "Crítica" por el secretario independiente Pinedo. A renglón seguido Rodolfo Moreno les dice: "Carguen las armas al brazo y ténganlas listas".

La revolución está "en el ambiente", gracias a la agitación civil con que los agentes oligárquicos preparan el terreno para el golpe militar. El ministro de Agricultura concurre a la Sociedad Rural en Palermo, para inaugurar la exposición ganadera. Lleva un mensaje de Yrigoyen que no puede leer. Una formidable rechifla lo acoge en el instante mismo de su llegada. Una rechifla organizada por los señoritos de la oligarquía, que pone al desnudo el carácter de clase del anti-yrigoyenismo militante. Al día siguiente

se conoce la renuncia del ministro de Guerra. Considerase impotente para conjurar la putrefacción general. Habla a Yrigoyen con palabras severas: "He visto alrededor de V. E. pocos leales y muchos intereses". El documento produce consternación.

La enfermedad de Yrigoyen en esos días empeora la situación. Sus íntimos lo aísian y no se atreven a informarlo de la gravedad de los sucesos, que él cree intrascendentes. Por fin, uno de sus ministros, en nombre del gabinete le comunica la verdad desnuda.

Tras largas vacilaciones, Yrigoyen delega el mando en el vicepresidente Martínez, buscando de ese modo atenuar la crisis. Si Yrigoyen era un obstáculo para la regeneración del país, esta medida hubiera detenido a los conspiradores. Pero ya hemos visto que unos eran los pretextos y otros los móviles políticos. A mayor abundamiento, oigamos nuevamente a Berresford Crawkes, uriburista acérrimo:

"Salta hasta la evidencia que el movimiento del 6 de setiembre pudo haber sido fácilmente conjurado, si la ineptitud de los hombres de gobierno no les hubiera puesto un vendaje sobre los ojos! Ni la Escuela, ni Campo de Mayo, ni otras divisiones del Ejército estaban con el general Urriburu. Este sólo contaba, en realidad, con la aviación (en parte), el Colegio Militar (en parte) y la Escuela de Comunicaciones". Y añade, con ese típico cinismo personal de los oligarcas: "En que ya había una reacción, y

podía esperarse un cambio fundamental al asumir la presidencia el doctor Enrique Martínez."

La revolución estalló el día 6. Mientras Urriburu insurreccionaba el Colegio Militar, un grupo de diputados socialistas independientes, conservadores y antipersonalistas, hacían otro tanto con la Base Aérea "El Palomar". Logrado el concurso de la aviación, estos señores se dirigieron a Campo de Mayo, donde el general Alvarez, jefe del acantonamiento, los desarmó y detuvo. Urriburu, mientras tanto, marchaba con escasas fuerzas contra la Capital, cuyas guarniciones permanecían fieles al gobierno. Pero Martínez, vicepresidente en ejercicio, en lugar de resistir, ordena inexplicablemente levantar bandera blanca en la Casa Rosada. De este modo, casi sin lucha, una revolución vencida captura el poder.

Así concluye Hipólito Yrigoyen su carrera política. Largos meses de reclusión en Martín García y un proceso con el que vanamente se lo quiere infamar, lo esperan. Volverá a Buenos Aires bajo Justo, que lo reenvía —¡a los ochenta años de edad!— a la isla de Martín García, tomando como pretexto un fracasado complot de ciertos radicales.

En el próximo número publicaremos un estudio del autor sobre el "alvearismo" y los orígenes del "frondizismo".

# La Influencia Imperialista en la Cultura Argentina

por Fernando Kiernan

Los intelectuales de extracción nacional han chocado más de una vez en nuestro medio con un hecho inmediato y decisivo: en América Latina no hay correlación, intercambio efectivo, entre los distintos movimientos culturales que la componen. Todo lo monopoliza Europa.

A primera vista, y llevado el asunto al campo abstracto del arte puro, se responde que esto obedece a la superioridad de las viejas culturas europeas sobre nuestros incipientes y provincianos movimientos de ideas. El conflicto surge al abordarse el problema de la adecuación de esas formas e ideas a nuestra realidad, la realidad latinoamericana, a sus necesidades y esperanzas. Como evidentemente todas esas formulaciones no encajan en este ámbito, se recorta, se selecciona, se admiran individualmente grandes figuras del pensamiento universal, pero se escamotea siempre la solución heroica: la aceptación del terreno que se nos ha dado como material viviente y desde el cual debemos realizar nuestra propia interpretación del mundo. Además, el afán de mantener la elucidación en un plano "elevado", con preesencia de motivaciones políticas, sociales, etc., vuelven ineficaces estos intentos, pues dejan afuera muchos aspectos de la mentada realidad que se intenta investigar.

En el campo de la cultura, pese a la unidad idiomática y de origen, no se puede hablar de una cultura latinoamericana homogéneamente desarrollada, vigente sólo en el entusiasmo de algún licenciado en le-

tras.

Pero la cultura, en última instancia, también es una superestructura refinada de la economía. Como el atraso del país y la sujeción a los monopolios imponen importar, también se importará la inteligencia. Las grandes editoriales reproducen cuanto instantaneidad se escribe en Europa; todavía hoy el libro argentino es el pariente pobre. Es que ninguno de estos "pioneros" descuida su negocio; ya se ha tejido la maraña de un supuesto arte internacional que no reconoce fronteras: la extranjería mental de la ciudad-puerto de Buenos Aires ha impuesto su sello al país.

Basta leer las novelas de Cambaceres o de R. Arlt, dos expresiones de distintas épocas, para ver reflejada allí con mano maestra, la parálisis de que estábamos aquejados. Sucesivas generaciones fueron replanteando inconscientemente el problema. Al modernismo de Darío, se opone la literatura de los chicos de Florida por un lado, y la plebeya de Boedo por el otro. Si en 1925 los martinfierristas, copiando servilmente el último "ismo" parisién, podían considerarse escritores "avanzados" y se tenían por "niños terribles" hoy, con unos pocos años más y con menos impulso "revolucionario", estos "niños góticos" son tan sólo las solemnes sombras que desfilan por "Sur", "La Nación", y otros osarios. Sólo en el tipo de literatura social que realizó Boedo, podemos encontrar un concepto más o menos embrionario de lo que es una literatura revolucionaria, literatura que reflejó un

momento de nuestra realidad, cuando la miseria y la explotación más se encarnizaban con el proletariado nacional.

Pero tampoco Boedo logró echar las bases de una literatura genuinamente nacional, representativa de nuestra sociedad en formación. Sólo fué un episodio, rico si se quiere, pero inconcluso, de la vida argentina. El estatismo estéril de nuestra existencia literaria no hizo sino reflejar —creadores individuales a un lado— la parálisis general de la nación. De ahí que en este rápido panorama debamos aludir rápidamente a algunas "camarillas" o sectores que conformaron lo que se ha dado en llamar la "literatura argentina".

## EL MITRISMO Y LA LITERATURA ANTINACIONAL

La ideología mitrista es la superestructura intelectual de la vieja oligarquía. El suplemento literario de "La Nación" y la revista "Sur" son sus tribunas más caracterizadas. El carácter mitológico que las distingue puede apreciarse en las palabras de José León Pagano, al ingresar en 1939 a la Academia Nacional de la Historia:

"Para otros, incorporarse a esta Academia puede significar, debe significar, una meta consagratoria. Para mí, hombre de "La Nación", hecho en "La Nación", ser recibido en la casa espiritual de Mitre importa algo más. Llevado al diario por voluntad de un hijo del prócer, eminente estadista a su vez —menciono a don Emilio—, es como si después de treinta y siete años, los estudiosos de esta Academia me dijese: "Ha sido usted fiel a la confianza de quienes le unieron a la familia del publicista fundada por el omnipresente historiador de San Martín y Belgrano, cuya imagen nos preside." Y ahora permitidme la ingenuidad fervorosa de un ruego: Deténgame Dios y trunque el camino de mi vida antes de permitirme un desvío en las normas del buen vivir, del vivir probó. A tanto obliga el ser como se es. La casa de Mitre a tanto obliga." Y supongamos nosotros ahora lo que los estudiosos de la Academia no pudieron decirle: "—Cuidado Pagano, ... cuidado con hablar de la guerra del Paraguay, o la Aduana de Buenos Aires". Y todavía hay imbéciles que creen que la cultura de clase o la cultura nacional es un invento marxista!

En el suplemento de "La Nación" tiene el clericalismo uno de sus más firmes bastiones. Allí actúa el infatigable Francisco Luis Bernárdez, "católico tradicional", que sólo aplica sus anteojeras hacia aquellos temas y poetas que gozan de la aprobación del Santo Oficio, mediante su monstruosa erudición de la liturgia católica, ceremonias, cantos y cortejos que desfilan por sus escritos entre latinajos e inciensos.

Esta "hormiguita apostólica" sabe algo del asunto del arte "comprometido", pues al hacer la traducción de una poesía de escaso mérito y comentarla, afirma: "en cierto modo hasta es una virtud, ya que no se trata aquí de un arte para ser gozado en la intimidad individual, y con una intención puramente estética, sino para ser utilizado instrumentalmente, para dar fácil y disciplinado curso a la efusión religiosa de la asamblea cristiana en determinadas ceremonias públicas." Y para esto "nada mejor que un arte casi mostrenco y, sobre todo, pasivo y neutral".

¿Arte al servicio del pueblo o al servicio del Papa? Bernárdez, por lo visto, prefiere este último, como "incansable admirador de la maravillosa poesía católica", como gusta auto-definirse este zampatorta cu-

rialesco. Es el González Tuñón de la Iglesia, así como González Tuñón es el Bernárdez del stalinismo. ¡Una poesía devota, parroquial y espesa!

## LA PROSA GRIS DE UNA BUROCRACIA

El stalinismo argentino también pretende fijar los términos de una "cultura popular". Esta declarada ambición no ha obtenido sino resultados modestos. El "realismo socialista" —úcase de la burocracia soviética para idealizar lo existente mediante el procedimiento de la fotografía adocenada— se ha trasladado a nuestro medio. ¡Qué tristeza! La realidad, confesémoslo, no es tan aburrida como aparece en libros de Ruiz Daudet, de Alfredo Varela o de Agosti. ¿O es que la "realidad" es gris, mediocre, administrativa? Los "poemas" de Raúl González Tuñón están penetrados de piedad episcopal. Su obispo es Codovilla, ese insoportable analfabeto que mantiene las pistolas de Moscú al frente de la sucursal Buenos Aires. Tuñón tañe su lira modulando su canto de acuerdo a la consigna del día. ¡Qué felicidad expresan los rostros de las mujeres pacifistas! ¡Qué dichosos son los niños del jardín soviético! ¡Qué grande y hermosa es la estepa china! ¡Arrodillémonos los patriotas libres en el altar de una patria libre! ¡Santa-marina, héroe civil, Stalin genio universal, padre de todos, sol de las naciones! ¡Las flores inclinan sus tallos ante el desfile de los guerrilleros indochinos! ¡Cuántas lágrimas hace derramar en el mundo la perversa energía atómica! Tales son los temas, el tono y el estilo. En fin, el stalinismo, producto de una contrarrevolución, no podía manifestarse en el dominio de la literatura del arte sino como una caricatura de un creador y poderoso arte revolucionario.

Así es como un Leónidas Barletta ha llegado a ser en sus filas una figura prócer. Esta circunstancia no deja de revestir cierta comicidad. Socialista amarillo en 1927, Barletta pasó luego a ser un lacayo de Mariano de Vedia y Mitre, creador del obelisco, Intendente Municipal, historiador oligárquico y personaje simbólico de la década infame. En premio a sus servicios, Vedia y Mitre entregó a Barletta una sala de la calle Corrientes para su Teatro del Pueblo. Cuando en 1945 el stalinismo se asocia a los ganaderos para "batir al nazi-peronismo", como decía Codovilla, Barletta se afilia al partido stalinista ratificando con su presencia la inocuidad de ese partido. Era el mismo momento en que en el Luna Park, Rodolfo Ghioldi elogiaba a Antonio Santamarina, allí presente, señalando su "envidiable conducta civil".

## EL NACIONALISMO ARISTOCRÁTICO

Ya estas pandillas no pueden mostrarse abiertamente. Así, el nacionalismo aristocrático, en su postrer crepúsculo, se refugia en el "humorismo" de un Ignacio B. Anzoátegui. Este monaguillo irritado ante el pensamiento moderno y sus figuras representativas, deja destilar su santo veneno a través de un par de libritos impregnados de esa nostalgia del látigo y de esa embriaguez del orden, que caracterizó a cierto tipo de nacionalismo oligárquico durante la década infame. De un catolicismo partidario del hisopo y de la hoguera, de la venta de indulgencias y del carácter sobrenatural de las desigualdades sociales, esta literatura conoció cierta notoriedad entre los chicos del Barrio Norte que leían a Santo Tomás y que rememoraban en las estancias de sus padres, durante las vacaciones, aquellos tiempos dorados en que el nacionalismo ambicionaba congraciarse con la espada de algún soldado afortunado.

Ese nacionalismo, anti-plebeyo y anti-obrero, que

# LA SANGRE DEL 16 DE JUNIO

Dos mil hijos del pueblo  
perdieron la vida bajo la  
metralla imperialista

¡NO LOS OLVIDEMOS!

**"Izquierda" dedica su 1er. número  
a estos mártires del proletariado**

## Tiraje de "Izquierda"

Informamos a nuestros lectores que el tiraje certificado del primer número de "IZQUIERDA" es de 10.000 ejemplares. ¡Contribuya a aumentarlo enviándonos su apoyo económico, para hacer de nuestra revista la gran voz de la nueva generación argentina!

Correspondencia y giros a:

CASILLA DE CORREO 240

Correo Central

Cap. Federal

busca la liberación argentina por la vía jerárquica, a través del alto burócrata civil o militar, ese mismo nacionalismo que identificaba el sufragio universal con la estupidez de las masas, al patriotismo con la sacristía, al cuartel con el pundonor y al imperialismo con Lutero, fué cruelmente castigado por la historia. Ese nacionalismo de casta no podía y no debía triunfar en este país. Ni por sus métodos, ni por su psicología, ni por sus fines históricos, el nacionalismo de los países imperialistas puede ser asimilado al nacionalismo democrático de los países coloniales. Para Anzoátegui y los de su género, en realidad, el ideal de un gobierno teocrático y castrense, debía permanecer para siempre irrealizable.

Católico ultramontano, hispanizante hasta considerarse más español que argentino, vate de una raza blanca superior a las vencidas razas de la América autóctona, Anzoátegui tiene la desgracia de vivir en el siglo XX, en una Argentina revolucionaria y plebeya, y de aplicar una ley de espíritu burgués —¡él, cuya alma de cruzado se estremece de indignación ante el racionalismo triunfante!—. Por eso Anzoátegui ejerce su venganza literaria contra una época que rehusa creer en sus sueños feudales.

### ¿QUE es "AMERICA",

Desde hace poco tiempo, nuestra burguesía intelectual joven, ha descubierto América y, bajo el interrogante: ¿Qué es América? nos ha dado ya testimonios que es necesario examinar. Como se verá, estos noveles no escapan al panorama general expuesto, reeditando bajo otros puntos de vista, todos los errores de la burguesía intelectual cipaya.

Entre los teóricos de este género, F. J. Solero ha demostrado desde distintas revistas lo que puede ser el colonialismo intelectual aliado a la más crasa ignorancia de ciertos planteos que un hombre de letras "intelectualmente al día" no puede desconocer. Estos jóvenes críticos y ensayistas que han pasado por alto el marxismo (pues según parece "ha sido ya superado"), se han dado a la tarea de interpretar la realidad americana dándonos periódicamente una buena dosis de ininteligible palabrerío. Así, en el caso Solero, podemos leer su comentario a una de las novelas del guatemalteco Asturias, a quien no puede perdonarle el gran pecado de su literatura social anti-imperialista. En esas líneas, que pasaron sin provocar reacción alguna, se leen enormidades como esta: "No reside, pues, el hundimiento, la penuria del latinoamericano,

en un combate contra los imperialismos, sea el actual de los Estados Unidos o los del pasado, español e inglés, sino, al revés, en una carencia de inmersión en su propia alma. El imperialismo es tópico muy superficial. En verdad, responde a un desconocimiento de los valores americanos. El imperialismo existe porque nosotros, los americanos del sud, no creemos, "todavía", en nosotros mismos. Y hablamos de él sólo como una fácil excusa para todas nuestras ineptitudes".

Esto no es todo. A continuación formula un vaticinio genial: "La novela social, en América, es un grave yerro. "Huasipungo" será considerada, de aquí a no muchos años, como una aberración. ¿Por qué? Porque lo sociológico trae el derrumbe del acervo, del espíritu y, por consiguiente, de lo estético. Cuando se desea hacer una novela sociológica en el Sud o Centro América, se rueda en el folklorismo, en el localismo estilístico, en el regionalismo verbal, desvirtuaciones del sentimiento universal imperante en el hombre". Campeón del espíritu y de lo estético, paradigma del arte burgués, Solero reproduce la eterna argucia de sus teóricos: el folklorismo, el regionalismo, y otros signos de origen espúreo, se disuelven en el sublime y etéreo campo del arte puro.

Si las ideas, originadas por un proceso nacional en marcha, dan su matiz de clase en el campo artístico-intelectual, nos encontramos con la tarea urgente y capital a realizar en este sentido: la creación de una literatura revolucionaria que refleje la intensa evolución de las masas, que han buscado una solución canalizándose en la lucha política. Hay que batir a la oligarquía anti-nacional y al cipayismo pequeño burgués en todos los frentes. Desalojados, gracias a la intervención del pueblo trabajador, de los comandos políticos, hoy se refugian en la literatura y otras manifestaciones; desde donde ejercen la táctica terrorista del complot y del silencio, mientras el auto bombo refuerza la impostura que representan.

El proletariado debe saber dónde están los enemigos del pueblo. Para ello, la más radical polémica debe desenmascarar a esta burguesía que ha retirado de circulación este medio de lucha que ya no le ofrece ventajas, pues todo ha sido dicho, y la falta de argumentos la hace sumergirse en el idioma clave del intelectual. Precisamente por esto, es necesario revelar la índole de su pensamiento reaccionario, al servicio de un interés de clase. Mientras esto no suceda, inútil es hablar de cultura nacional, pues esta será la cultura burguesa, clerical y contrarrevolucionaria. Es necesario que una auténtica literatura democrática y revolucionaria inaugure la era de la unidad latinoamericana y de la emancipación nacional.